

UN DULCE HOGAR EN EL INFIERNO

SILVER KANE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

218 — Perros muertos, *Clark Carradas*.
219 — Páramo alucinante, *Ray Lester*.
220 — Pueblo de cadáveres, *Curtis Garland*.
221 — El precio del miedo, *Ada Goretti*.
222 — Un diablo suelto, *Clark Carradas*.

SILVER KANE

UN DULCE HOGAR EN EL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 223
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.737 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Cuando Jess, más tarde, trató de poner orden en sus malditos pensamientos, fue incapaz de decir cómo había empezado aquella pesadilla. Cuando Jess reaccionó, cuando quiso darse cuenta de cuál era la realidad, todavía le pareció que nada tenía sentido y que él estaba envuelto en un maldito sueño.

Y, sin embargo, había empezado todo de una manera muy sencilla.

El director de su periódico le había dicho:

—Vete a hacer información de la fiesta que da la viuda de Greschen. Ya sabes... En apariencia puedes creer que es uno de esos cócteles aburridos que da de vez en cuando la buena sociedad de Washington, pero la viuda de Greschen reúne a lo mejor de la capital el día 8 de mayo, en el aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. De modo que no es un cóctel aburrido, sino todo lo contrario. Encontrarás allí artistas, pintores, políticos... Merecerás que te dé una patada en los testículos si no consigues, al menos, dos buenas entrevistas.

Y así, tan animosamente impulsado por su director, Jess había salido en su coche de segunda mano hacia la casa de la viuda de Greschen, una mujer a la que no conocía ni tenía maldita la gana de conocer. Pero el trabajo es el trabajo.

Jess recordaría, siempre, que la primavera estaba en lo mejor, que los cerezos florecían a orillas del Potomac y que hasta la masa de mármol del monumento a

Lincoln despedía suaves reflejos acaramelados, esa tarde, al recibir los rayos del sol. Pero en los pensamientos de Jess, esa visión quedaría siempre como un antes, como una cosa que había sucedido cuando aún no había empezado la brutal pesadilla.

Y la pesadilla empezó justo a las 6.15 de la tarde. Jess lo recordaría siempre porque acababa de mirar su reloj. Dejó el coche estacionado con otros mucho mejores, ante la lujosa residencia, y se disponía a entrar, cuando oyó aquel ruido de cristales.

Miró hacia arriba.

Y entonces tuvo aquella especie de alucinación.

El no lo sabía aún, pero era la primera escena de la pesadilla.

Vio salir a la mujer disparada por la ventana más alta.

Acababa de romperla, con el impulso de su cuerpo.

Vio volar sus flacas piernas en el aire enrarecido.

Vio sus brazos agitarse y oyó su ululante grito.

El cuerpo trazó una parábola y se hundió entre dos coches estacionados, pareciendo partirse en dos al chocar con las losas de piedra. Su cabeza se abrió y los neumáticos de los elegantes «Mercedes Benz» o «Rolls Royce Silver Shadow» se mancharon brutalmente de rojo.

Jess corrió hacia allí.

Estaba aturdido por lo que acababa de ver.

No entendía nada de nada, pero ignoraba aún que seguiría sin entenderlo durante un largo y angustioso tiempo.

Porque aquello era solamente el principio.

El agente de seguridad gritó:

—¡Todos atrás! ¡Usted también! ¡Por favor, que alguien entre en la casa y llame una ambulancia!

Corno la mayor parte de las casas elegantes de Washington, la de la viuda de Greschen disponía de un servicio privado de vigilancia, ya que de lo contrario casi no se podría vivir en la señorial Washington. El hombre encargado de aquello usaba un uniforme azul, casi como los agentes de la ley, pero sin insignias. Fue Jess el primero en correr para entrar en la casa y llamar una ambulancia.

Sus veinticinco años y sus ágiles zancadas, le permitieron llegar al vestíbulo en cuestión de un par de segundos. Vio entonces en una especie de panorámica fugaz lo que era aquella casa.

Un palacete como los de los buenos tiempos del siglo XIX. Sólo mantener aquello, ya debía costar más dinero de lo que él ganaba en un año.

Muebles italianos y alemanes de los siglos XVIII y XIX, alfombras persas, pinturas francesas estilo *pompeur*, un piano de cola que hubiera lucido en los mejores salones de la vieja Europa y unas escaleras monumentales hechas con mármol, y que llevaban hasta las alturas gloriosas de los otros pisos. Toda aquella riqueza dejó una imagen imborrable en la mente de Jess, pero otra cosa reclamaba ahora toda su atención:

—El teléfono... ¿Dónde está el teléfono?

Un estirado mayordomo que aún no parecía haberse enterado de lo ocurrido, se lo señaló. Jess marcó primero el número de la policía para reclamar una ambulancia, y en segundo lugar llamó a su periódico, porque aquello podía ser noticia bomba. El redactor jefe tomó nota escuetamente de lo sucedido y le ordenó:

—Averigua todo lo que sepas sobre esa mujer. Su nombre, su edad, su trabajo... Necesito saber si se ha suicidado, o por el contrario, alguien la ha arrojado por esa ventana. Habla también con la viuda Greschen, y dentro de cinco minutos llámame.

Jess colgó.

¡Mierda! Demasiado trabajo para cinco minutos.

Pero estaba acostumbrado a que las cosas marcharan así, y por eso no protestó. Pudo ver que la gente abandonaba la sala y corría hacia el exterior, hacia el aparcamiento de coches donde estaba la muerta.

En un momento, el inmenso salón quedó vacío.

Jess estuvo a punto de seguir a toda aquella gente, pero pensó que con el tumulto no sacaría nada en claro. Siguió entonces el consejo que le diera un viejo periodista mal pagado y que jamás perdió, sin embargo, una noticia: «Muchacho, no vayas jamás adonde ya ha ido toda la gente.»

Por eso subió por las enormes escaleras.

Vio el majestuoso vestíbulo superior.

Las columnas, los cuadros, las alfombras dignas de un palacio.

Distinguió también una puerta entreabierta.

De pronto, el silencio se había hecho acongojante, intenso; le envolvía a uno como una cosa irreal que se le fuera metiendo entre los nervios poco a poco.

Jess empujó más aquella puerta.

Más tarde sabría que aquél había sido también el principio de la pesadilla, pero de momento no se lo pareció. Todo lo contrario.

Porque vio a la preciosa mujer sentada en el borde de la cama.

Vio sus ojos azules y quietos.

Vio hasta arriba sus piernas.

* * *

Ella tenía una mirada dura y metálica, pero, sin embargo, era amable. Preguntó:

—¿Quién es usted?

—He... he sido invitado a esta casa.

—¿Por quién?

—Por la señora viuda de Greschen.

—¡Ah, sí! Usted debe ser entonces alguien enviado por el Washington Pont. ¿Cómo se llama?

—Jess.

Ella no se molestó en cubrirse las piernas. Llevaba un vestido de cóctel largo hasta los tobillos, de modo que normalmente no hubiese enseñado nada, la muy condenada, pero por lo visto, le molestaba uno de los tirantes del liguero y ahora lo enseñaba todo. Jess pensó: «Alguna zorrita de ocasión, de las que vienen por aquí a ver lo que pescan. Pues lo que es con el dinero que yo tengo...»

La mujer continuó preguntando:

—¿Por qué ha subido aquí?

—Quería hablar con la viuda de Greschen.

—¿Usted la conoce?

—No.

—Pase.

Se levantó de la cama, se bajó la falda, lo cual fue una verdadera lástima, y le precedió hasta un despacho contiguo. Era una pieza elegante, moderna y funcional, que contrastaba con el estilo algo recargado de los otros lugares de la casa. Ella se sentó y cruzó las piernas.

Tenía que haberse enterado, a la fuerza, de la tragedia ocurrida unos minutos antes, pero no parecía afectada en absoluto. Al contrario, preguntó con la mayor tranquilidad del mundo:

—¿Dice que quería hablar coa la viuda de Greschen?

—Sí.

—Aquí la tiene.

Jess abrió la boca con asombro.

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? —preguntó la hermosa mujer, con una sonrisa metálica.

—Pues... ¡pues por una montaña de cosas! Greschen fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial, un jefe de los servicios yanquis de espionaje, a quien lo mismo le importaba asistir a una conferencia internacional que lanzarse en paracaídas tras las líneas alemanas para liquidar a un general a ráfagas de metralleta. Murió hace años, cuando era ya un ciudadano casi viejo y, lógicamente, su viuda había de tener más o menos la misma edad que él.

—Ya lo ve... —La hermosa mujer seguía enviándole, a través del aire, aquella suave sonrisa metálica—. En el Washington Post no están tan bien informados como yo creía. Greschen me conoció entre las ruinas de Berlín en 1945, cuando yo tenía diez años, o sea, que ahora en 1977 tengo cuarenta y dos. No se casó conmigo entonces, por supuesto, ya que lo único que despertaba en él era un sentimiento de caridad, y porque las leyes no lo hubiesen permitido, pero me trajo a Estados Unidos y me puso a vivir en esta casa. Usted ya sabe que Greschen era un hombre rico, pero que después de la guerra lo fue mucho más. ¿Le estoy aburriendo? ¿O quizá piensa ya en publicar todo eso en su periódico?

—Son cosas privadas que no publicaré si usted no me lo permite expresamente —murmuró Jess.

—Claro. Así debe ser. Pero, por si acaso, le diré que no me gusta que esas cosas se publiquen. ¿No le aburro? ¿De veras que no? Bien... Cuando yo tenía quince años y Greschen tuvo su primer infarto, lo cual le permitió adivinar que podía quedarse tieso cualquier día, se casó conmigo para que yo pudiera heredar todo esto. Vivió bastantes años aún, gracias a los cuidados de los médicos, pero ya no era el mismo. No podía ocuparse apenas de nada, no podía trabajar... Por supuesto que tampoco podía hacer grandes sesiones de cama conmigo, si me permite que le hable con esa libertad. Pero yo le quería y le cuidaba, y nunca dejaré de estar agradecida a la memoria de ese hombre que me sacó de un agujero infecto de las ruinas de Berlín, donde quién sabe si me hubiera violado algún soldado mongol, borracho, para convertirme en una mujer rica. Por eso todos los años, y en el aniversario del final de la guerra, doy una recepción en su memoria.

Jess asintió.

Lo entendía perfectamente.

Y le maravillaba la supervivencia, a través de los años, de la belleza de aquella mujer admirable.

—Ha sido una sorpresa conocerla a usted —dijo—, y por ello, me considero muy honrado. Pero yo quería también saber otra cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Qué mujer es la que ha sido arrojada por la ventana? —preguntó directamente Jess.

Los ojos helados y grises de la alemana chispearon un momento.

—No la han arrojado. Se ha lanzado ella —suspiró la viuda, al fin—. Por cierto, no le he dado mi nombre. Tengo un nombre muy de mi tierra, ¿sabe? Me llamo Marlen. Como le decía, hay docenas de testigos que han visto a esa mujer lanzarse al vacío, de pronto, sin que la empujara nadie.

—Por lo tanto, ¿ha sido un suicidio?

—Sí. Hay miles de personas que se suicidan en este hermoso país cada año, ¿no lo sabía? Unas porque están enfermas, otras porque no le encuentran interés a la vida, otras porque tienen problemas económicos y sentimentales y otras porque se vuelven locas de repente, que es lo que supongo que le ha pasado a Alice.

—¿Ese era su nombre?

—Sí. Se trataba de una escritora polaca.

—Me ha parecido vieja...

—Sesenta años —dijo secamente Marlen, como si se refiriera a una edad inalcanzable, más allá de la cual los seres humanos ya no deben tener interés en seguir viviendo.

—¿Se ganaba bien la vida?

—Sí. Era una magnífica crítico de arte y, además, escribía cuentos para revistas. Este año había ganado un importante premio y por eso la invité. No sabía que estuviera loca.

—Quizá no lo estaba del todo —dijo quedamente Jess—. ¿Me permite bajar un momento?

—¿Para qué?

—Supongo que a usted le resultará molesto mezclarse con el tumulto que hay abajo. Iré a ver el cadáver y le diré exactamente lo que ocurre. Imagino que no le resultará molesto esperarme aquí.

Ella musitó:

—Nada de eso.

Y cuando él ya estaba a punto de atravesar la puerta, Marlen susurró:

—Me hace usted un favor, gracias.

La verdad era que para Jess se habían disipado entonces las brumas de la pesadilla, porque estaba aún impresionado por los ojos metálicos de la mujer, las curvas de la mujer y, sobre todo, las piernas de la mujer, que tenían una mágica belleza digna de los veinticinco años. Pero, una vez abajo, todo cambió porque se vio envuelto en el torbellino, en los empujones, en la vorágine de voces y de sombras entre las que ya se mezclaban los uniformes de la policía.

Gracias precisamente a la policía, algunos de cuyos miembros le conocían, pudo llegar hasta la primera fila, pudo acercarse al cadáver y ver sus ojos espantosamente abiertos, dilatados, enormes, donde palpitaba una última

expresión de horror.

—Yo diría que esta mujer había ya muerto antes de saltar al vacío —dijo en voz baja uno de los agentes.

—¿Que había ya muerto antes? —balbució otro—. Pero ¿por qué?

—¿No lo ves en sus ojos? —Susurró la primera voz—. Yo diría que ha muerto de miedo...

CAPITULO II

Otra vez la sensación de pesadilla había vuelto a Jess, mientras subía las escaleras, mientras se dejaba envolver en el silencio de la casa vacía.

Jess notaba que sus piernas se movían casi automáticamente, como si no le pertenecieran.

Pero ¿era posible que alguien tuviera miedo, allí, en aquella casa? ¿Con tanta gente? ¿Con tanta luz?

Marlen Greschen estaba sentada en el mismo sitio, aunque ahora ya no exhibía las piernas. Con los ojos entornados, preguntó:

—¿La ha visto

—Sí. Es un pobre manojo de huesos, porque, además, esa mujer no debía tener salud. Cualquiera diría que había sufrido mucho en esta vida... Pero lo más chocante es lo que un policía acaba de decir abajo.

—¿Qué ha dicho?

—Algo así como esto: «Ha muerto de miedo.»

—¿Miedo? —susurró ella.

Había vuelto a sonreír, pero, sin embargo, sin que se supiera por qué, ahora flotaba otra vez en el aire la -sensación de pesadilla.

—No veo que haya motivo para tener miedo en esta casa —dijo Marlen—. Con tanta gente, con tanta luz..., ¡qué absurdo! Espero que no me desacrediten ustedes en su periódico y no digan que esta casa es una cueva.

—¿Cómo íbamos a decir una cosa así?

—¿Conoce usted este sitio?

—No —dijo Jess, con cierta timidez—. Hasta ahora no he entrado en sitios demasiado ricos, ¿sabe? En el periódico me solían enviar a hacer información de actos culturales de gente pobre. Ateneos obreros y todo eso,

—Pues venga. Le enseñaré al menos la planta alta, desde donde se arrojó ella. Verá que no existe el menor motivo para tener miedo. Acompáñeme.

Abrió una puerta que estaba detrás de la mesa de despacho.

Y Jess se encontró en una habitación cuadrada, cuyo suelo había sido enmoquetado de beige, en la que todos los muebles eran blancos, delicados y finos. Las ventanas daban a la zona de aparcamiento, desde donde se elevaban las voces de la gente. Pero lo que más llamó la atención a Jess fue la serie de fotografías, la colección de fotografías muy ampliadas que cubría las paredes y que reproducían todas ellas la misma cara de hombre.

¿La misma cara?

No, no era eso exactamente.

Se trataba de media cara de un hombre. Siempre el mismo lado de la media cara. Siempre una sola mejilla, una sola oreja. Siempre, sobre todo, el mismo quieto, enorme, misterioso, enigmático ojo.

Era la más extraña colección de fotografías que Jess había visto jamás.

Fue entonces cuando tuvo la sensación de que algo abrasaba en el aire.

Cuando empezó a sentirse envuelto otra vez, sin poder evitarlo, por las brumas de la pesadilla.

CAPITULO III

La muchacha fue haciendo sonar, uno por uno, los barrotes de la gran verja.

No podía negar que tenía miedo.

La casa, rodeada por la hiedra, emergía solitaria junto al río, que se perdía en la lejanía, mansamente. Todas las ventanas estaban cerradas y reflejaban en sus cristales la suciedad de innumerables capas de polvo y de lluvia. En el jardín abandonado, crecían arbustos de todas clases, pero sobre todo helechos grandes y húmedos cuyas blandas hojas eran mecidas por el viento.

La muchacha siguió avanzando.

Conocía aquello muy bien.

Ella había nacido en aquella casa y sabía perfectamente cuál era la distribución de las habitaciones, pero, sin embargo, no le gustaba entrar allí. No le había gustado jamás penetrar en la soledad de aquel mundo.

Cuando la verja terminó, ella se encontró en los márgenes del río.

La verja terminaba allí, porque allí terminaba también la posesión de los Blayfair. Pero entre ella y el río había un espacio pequeño, y a la muchacha siempre le había parecido mejor pasar por allí. Así no tenía que oír el chirrido metálico de la puerta al abrirse, ni el gruñido de los viejos goznes que parecían voces humanas.

Avanzó por el jardín.

Ahora la casa quedaba a la izquierda.

Veía claramente, a la luz suave del atardecer, los adornos de la entrada de piedra blanca, el torreón rojizo, la gran balconada central, en hierro forjado, y la solemne puerta de roble que ella tendría que atravesar, si pretendía entrar en la casa.

Eso era lo que le daba más miedo.

Lo que pudiera haber detrás de aquella puerta.

Las llaves pesaban en su mano, como un objeto trágico. Parecían quemar su piel.

En el abandonado jardín ya casi no se distinguían los senderos, y por eso ella prefería cruzarlo por cualquier sitio, pisando las viejas ramas, sintiendo el rocío húmedo de los helechos en sus piernas desnudas.

La casa estaba cada vez más cerca.

Mary, como siempre, sintió el frío que le subía por su columna vertebral, que llegaba a su nuca, que poco a poco iba paralizando sus movimientos. Era ese miedo especial e innombrable que inspiran las casas vacías, los rincones solitarios. Mary sabía que, una vez atravesada la gran puerta, desaparecería aquella sensación. Durante algunos minutos volvería a moverse en las habitaciones de su niñez, que tan bien recordaba. Después, cuando cerrase, al salir volvería a sentir aquel miedo... «Dios Santo, ¿y si alguien me persiguiera?» Como siempre, saldría corriendo de allí, tropezando con las

ramas secas y las hojas de los helechos. No volvería a sentirse tranquila otra vez hasta que estuviera al otro lacio de la verja.

Fue contando los pasos que le quedaban hasta llegar a la puerta. Veinte, dieciocho, dieciséis... Tenía aquello calculado de otras veces, y se entretenía en contarlos porque así dominaba su miedo. Cuando le faltaban diez, creyó oír algo a su espalda.

Se volvió rápidamente, ahogando un grito de horror.

—¡Chist!

Mary quedó paralizada.

El asombro hizo que la mano derecha se abriese y cayeran las llaves al suelo. Lo que menos podía imaginarse era la presencia allí de aquella persona. Completamente absorta, sin acertar a reaccionar aún, la vio avanzar hacia ella.

La que la había llamado no inspiraba, desde luego, el menor temor.

Era una muchacha de unos dieciocho años, como ella. Rubia, alta y bien formada, con esa esencial y radiante constitución que tienen muchas chicas americanas que han practicado el deporte durante casi toda su vida. Verla hacía recordar los campos de maíz, el aire puro, la naturaleza silvestre que los hombres parecen haberse empeñado en perder. La chica, además, vestía ropas de muchacho, y eso le daba un aspecto más juvenil aún.

Usaba unos tejanos azules y unas botas de *basketball*. Una blusa blanca con el escudo de un equipo desconocido, que -se pegaba a sus formas de una forma maravillosa. Parecía muy cansada, pero sus labios se entreabrían en una sonrisa.

—¡Mary!

Mary, al fin, reaccionó. Consiguió salir de los abismos de su sorpresa.

Corrió hacia la aparecida y la besó en ambas mejillas tiernamente, mientras la abrazaba con fuerza.

—¡Lidia! ¿Tú aquí?

Sin saber cómo, se encontraron las dos sentadas entre los helechos, ocultas a las miradas de los demás, aunque la verdad era que en aquella soledad no era fácil que pudiera verlas nadie.

Lidia seguía dejando que sus labios sonrieran alegremente, aunque con cierta lejana expresión de cansancio.

—Me he escapado del colegio.

—¿Qué dices?

—Me escapé ayer por la noche. He estado andando por los campos casi veinticuatro horas, sin comer nada.

—Pero, Lidia, ¿por qué?

—Querían llevarme a que me viese un médico psiquiatra.

—¿A ti?

—Sí, a mí. Ya ves...

—Pero si siempre fuiste la mar de razonable... ¡Y, además, la primera de la clase!

—Decían que mi cabeza empezaba a no regir bien. Que quizá había

estudiado demasiado últimamente y que había dormido menos de lo necesario. El caso es que la decisión que lomaron fue firme. Yo iría al cónsul torio de un médico psiquiatra.

Rió, fingiendo despreocupación, pero en cada inflexión de su risa se notaba el dolor, el desengaño y el cansancio.

—¡Hacerme eso a mí! ¡Yo que daba clases gratuitamente durante las vacaciones!

Se tendió en el mullido suelo lleno de hojas secas, acariciada por los helechos.

—¿No tienes un cigarrillo, Mary?

—Sí que tengo uno. Se lo quité a mi hermano sin que él lo notara. Puedo darte medio.

—Vosotros siempre tan puritanos. ¿No te dejan fumar?

—Ni soñarlo.

—Pues va tienes diecisiete años...

—Sí, pero ya sabes cómo es eso.

Con una mirada abarcó el medio ambiente en que su existencia se desenvolvía. La enorme casa, el jardín semisalvaje, la verja y las cinco edificaciones de piedra que se extendían a unas quinientas yardas de allí.

—El último rincón feudal de Norteamérica —susurró Lidia—. ¿No os da vergüenza?

—Mi familia siempre ha vivido aquí —dijo quietamente Mary—. Siempre ha estado al servicio de los Blayfair. Cuando ellos fueron desapareciendo y sólo quedó John, el heredero, y éste se fue a dilapidar su fortuna recorriendo el mundo, nosotros hemos seguido cuidando la casa, y hemos seguido viviendo en aquellos edificios, cerca del lugar donde teníamos nuestro trabajo.

—Sucio feudalismo de otros tiempos —dijo Lidia, despectivamente, mientras partía el cigarrillo en dos con gran habilidad.

—No es feudalismo; no tiene nada que ver con eso.

—Bueno, pues llámale servilismo exagerado. Teníais que haber marchado de aquí, cien veces. Tú mereces algo mejor. ¿Fósforos?

—Sí, tengo uno. Pero no vayas a estropearlo.

Lidia frotó el fósforo contra una piedra y protegió la llamita con el hueco de su mano.

—Tú hubieras sido una gran universitaria —dijo mirando a Mary, mientras exhalaba una columnita de humo—. ¡Quién sabe si hubieras llegado a obtener una cátedra! Pero tu familia se empeñó en que no tenía dinero para pagarte el colegio y que te necesitaban aquí. ¡Vaya idiotez!

—No, no lo creas. Mamá siempre está enferma y yo soy la única mujer.,

Mary hizo un gesto con su cigarrillo, como si espantara una mosca.

—¿Por qué no os marcháis de aquí?

—Ya sabes cómo es papá. Dice que nosotros formamos parte de la familia de los Blayfair. Que a mi hermano Richard y a mí nos hicieron nacer entre esos muros para demostrar, a todo el mundo, que nos aceptaban como parte

integrante del clan familiar. —Exhaló otra bocanada de humo con el secreto placer de lo prohibido—. Asegura que John volverá y que todo será otra vez como antes. Que no podemos desertar, y que en ningún momento encontraremos una vida más tranquila y más barata. Ya sabes que papá ha sido siempre un pobre hombre. En cuanto a Richard, mi hermano, se encuentra muy a gusto aquí. Persigue a las chicas de los pueblos vecinos, ayuda a papá en su pequeña industria de pipas y estudia no sé qué por correspondencia. Yo tengo que cuidar de todos ellos. Pero me aburro. Me aburro mortalmente.

Contempló otra vez a Lidia e hizo otra vez un gesto de asombro, como si ahora se diese cuenta de las extrañas ropas que vestía.

—¿De dónde has sacado eso?

—Del vestuario deportivo de los chicos. Tuve que descolgarme de nuestro dormitorio tal como iba, en pijama. Y no encontré nada mejor.

—Pues no te sientan nada mal... Aunque parece como si te entrenaras para los juegos olímpicos. Y oye, hay una cosa que no entiendo: ¿Por qué dices que querían enviarte a un psiquiatra?

—Porque según ellos, es decir, el claustro de profesores, y según el viejo profesor Hoover, que es un pelmazo, yo sufría alucinaciones.

—¿Alucinaciones? ¿De qué clase?

—Vi un platillo volante. Un OVNI.

Mary lanzó una carcajada. No pudo contenerse, pero de repente todo aquello le pareció cómico. No tenía lógica que una chica como Lidia; una chica habitualmente tan seria, tan magnífica estudiante, se viera envuelta en un problema así. Dijo, cuando pudo terminar de reír:

—¡Qué tontería! Hay miles de personas que aseguran haberlos visto. Y por eso no las llevan a un psiquiatra.

—Mi caso es diferente. Yo lo vi caer. Y vi también al que lo tripulaba.

—¡Lidia, tú estás loca!

—¿Ves? También empiezas como ellos.

Mary notó que el cigarrillo quemaba entre sus dedos. Lo aplastó entre las hierbas.

—Perdona, pero es que... ¡resulta tan increíble...!

—¿En mí tienes confianza o no?

—En ti tengo una confianza ciega.

—Pues entonces cree lo que te digo: lo vi caer. Era un disco pequeño plateado y no despedía ningún brillo especial, al contrario de lo que por ahí se ha dicho. Yo estaba fumando un cigarrillo, en secreto, en uno de los torreones del colegio; yo lo vi con claridad. Algo debía fallar en él, porque perdía altura, pero sin hacer ningún ruido. Ya sabes que el colegio está cerca de uno de los mayores lagos de Luisiana. Pues bien, se hundió en las aguas sin levantar el menor estruendo, como si las cortara con un cuchillo. Yo estaba petrificada, puedes creerme. ¡Tenía tantas dudas de estar despierta! ¡Completamente! Entonces descendí hasta la orilla del lago, descolgándome

por el cable del pararrayos. Sí, ya sé que era una locura, que pude haberme matado... Pero en aquel momento yo no pensaba. Entonces vi salir de las aguas, a un cuarto de milla de distancia, a un hombre. Era el tripulante del platillo.

—¿Cómo... cómo era? ¿Con cuántas cabezas?

—¡Tonta! Era un hombre como los otros.

—¿Le viste la cara?

—No, eso no. Desapareció en seguida entre la espesura. Llevaba un extraño vestido color plata vieja; una mezcla de negro y de brillantes. En sólo cuestión de segundos llegó desde el agua hasta la espesura, en el lugar que nosotros llamamos La Fuente Triste...

—¡Es imposible!

—¿Qué quieres decir?

—En aquel lugar, entre el agua y la espesura, hay al menos quinientas yardas. ¡Nadie las puede recorrer en cuestión de segundos!

—Ya comprendo lo que quieres decir. Sí, a mí también me pareció entonces increíble. Daba silenciosos y tremendos saltos, de al menos cincuenta yardas.

Mary quedó estupefacta.

Si aquello se lo hubiese dicho otra persona, alguien que no fuese Lidia, se habría echado a reír.

Pero ambas eran amigas. Habían vivido juntas dos años en el viejo colegio. Y Lidia era una chica muy sensata, muy poco dada a las fantasías. Una chica que, además, no la hubiese engañado a propósito nunca.

Si ella contaba todo aquello era porque lo había visto, o porque creía haberlo visto.

Sintió, clavados en ella, los ojos penetrantes de su amiga.

—Tú también dudas, ¿verdad? También piensas que son imaginaciones mías.

—¡Resulta todo tan increíble!

—Pero yo lo vi... ¡Lo vi!

—De acuerdo, yo te creo. ¿Cómo no te iba a creer? ¿Qué hiciste luego?

—Desperté a la directora y se lo expliqué.

—Te enviaría al diablo...

—No, al principio me creyó. Llamó a la policía, y en dos horas se organizó una batida sensacional. Hombres lana buscaron en el fondo del lago, pero como es tan profundo, hubieron de desistir. Y al no haber ninguna huella, al no haber visto nadie aquello, me acusaron de alucinada. Entonces a mí me ocurrió lo que no debió ocurrirme nunca: sufrí un ataque de nervios. Estaba tan asustada, que empecé a chillar y luego perdí el sentido. Al despertar leí en los ojos de todos lo que estaban pensando. «Pobre chica... ¡Ha trabajado demasiado y ahora está loca.» Cuando la directora habló de llevarme a un psiquiatra y tenerme en observación un tiempo, decidí huir.

Hizo un suave gesto con la mano derecha.

—Y aquí estoy,

—Tienes razón; yo hubiese hecho lo mismo. ¡Esas viejas tinosas envueltas en su capa de respetabilidad! ¡Esos loros que siempre creen tener razón! ¡Hiciste muy bien en no someterte a sus caprichos! Pero ¿por qué no has ido a casa de tus padres?

—¡Hum! A mis padres habría que buscarlos con un galgo. Ahora viajan por Europa y la casa está vacía. Además, ése será el primer sitio en que me busquen. Ya que he huido, ya que he empezado la partida, he de procurar, al menos, ganarla. No pienso que me atrapen... y por eso te recordé.

—¿Qué puedo hacer yo?

Lidia señaló la inmensa casa vacía, la gran mansión deshabitada de los Blayfair.

—Viviré unos días ahí. Tú me puedes traer algo de comida.

—¿En casa de los Blayfair?

—¡Chica, pronuncias el nombre con un respeto...! ¡Ni que fuesen también los reyes de Inglaterra!

—No, pero...

De pronto, Mary tomó una decisión.

—Claro que sí que lo harás. Ven conmigo. Hay habitaciones a docenas y todas ellas con ropa dispuesta. Puedes vivir como una princesa. Si John, el dueño, tuviese que volver, yo me enteraría.

Las dos se pusieron en pie.

Iba anocheciendo rápidamente. Las sombras de los árboles casi va no se insinuaban sobre la tierra. El sol lejano brillaba en los cristales de la casa, y en cada uno de éstos parecía dibujarse una extraña sombra.

—¿Tú ibas ahí? —susurró Lidia.

—Sí. Por cierto, se me cayeron las llaves al verte... ¡Tuve una sorpresa tan grande!

—¿Y qué ibas a hacer?

—Mi padre me ha encargado que cierre el conmutador principal de la luz. Por lo visto, nos dejamos alguna bombilla encendida la última vez que se hizo limpieza. El contador ha estado marcando desde entonces.

—¿Es que el contador lo tenéis en tu casa?

—Sí. Ya recordarás que mi padre se encargaba también de la administración de los pequeños gastos. El contador está en casa y la energía llega a la mansión por un cable subterráneo.

—Bueno. Bueno, te acompaño.

—Te lo agradeceré. Yo casi tenía miedo.

—¡Qué niña eres!

—No consentiré que te rías de mí.

Lidia le acarició cariñosamente los cabellos. A pesar de ser casi de la misma edad, siempre se había sentido mayor que ella. Siempre la había protegido.

—No me rio. Reconozco que es una casa siniestra. Pero ¿cuántos millones

debe valer?

Ahora rieron las dos. La atmósfera un poco irreal que parecía haber traído las sombras de la noche se estaba desvaneciendo. En efecto, ¿cuántos millones valían aquella casa? A Mary no se le había ocurrido pensarlo nunca, pero valía la pena considerar la cuestión.

Abrieron la puerta.

Dentro se respiraba un espeso aire a cerrado, a quietud. Los últimos rayos oblicuos del atardecer penetraban por las ventanas de la planta baja.

Lidia susurró:

—¡Qué abandonado parece todo esto!

—Lo limpiamos una vez al mes. Estamos tres días trabajando sin parar, no creas que un sitio tan inmenso se limpia fácilmente. Luego, normalmente, ya no se entra para nada.

—Oye, aquí habrá cigarrillos, ¿verdad?

—Te has vuelto muy fumadora.

—No, no... Es que estoy nerviosa... Yo siempre había sido una chica sensata, Todo esto me desquicia.

—Creo que encontrarás en el despacho. Siempre había una caja de piel, con tres o cuatro paquetes dentro.

—¿Y dónde está el despacho?

—Sube por esta escalera, la primera puerta.

Mary hizo girar un conmutador de la luz. Las bombillas de la inmensa araña se encendieron.

—Tenía razón mi padre; el contacto está dado. Y en alguna habitación de la casa tiene que haber alguna bombilla encendida.

—¿Qué habitación?

—Tiene que ser de las interiores, porque la casa se ve desde fuera. Bueno, comprenderás que no voy a molestarme en buscarla. Cerraré el conmutador...

—¿Dónde está?

—En la cocina. Es esa puerta que se ve al otro lado,

—Entonces estarás sólo un momento. Yo voy a buscar cigarrillos. ¿Sabes que es muy divertido entrar de pronto en una casa abandonada?

—No está abandonada, pero en fin... ¡Si tú quieres mirarlo de ese modo...!

Las dos muchachas se separaron. Lidia subió ágilmente por la gran escalera principal, hasta llegar a la puerta que su amiga le había indicado. La abrió y giró el conmutador de la luz. Se encontró en un despacho grande, suntuoso, con muebles estilo imperio. En Estados Unidos, el país de las cosas funcionales, no se encontraban muchos despachos así. Pero Lidia no había venido a admirar estilos de muebles, sino a buscar cigarrillos. Vio la caja de piel sobre la mesa.

Pero los paquetes de que había hablado Mary no estaban dentro.

Los vio fuera...

* * *

Mary, entretanto, notaba otra vez en sus piernas, en la espalda, la sensación de su angustiosa soledad. En este momento no imaginaba cómo pudo pensar en tener valor para entrar sola en la casa.

Perú le reconfortaba el pensar en Lidia. Lidia estaba allí cerca, y en cualquier momento podía llamarla. Las cosas resultaban distintas, teniendo a su amiga allí.

¡Claro que le permitiría quedarse en la casa! Todo el tiempo que Lidia necesitara.

Pensó que, de todos modos, tendría que estar sin luz. Si dejaba el conmutador general abierto, su padre notaría que el contador seguía girando. Luego hablaría de eso con Lidia y le buscaría algún farol de petróleo para que no tuviese miedo.

Penetró en la cocina.

Canturreaba lentamente, al tiempo que intentaba pensar en otra cosa para dominar su miedo.

Y de pronto, quedó paralizada, quieta, sintiendo que los músculos de su garganta se agarrotaban bruscamente.

Allí estaba, en la pared, la huella de aquella mano.

Ella la recordaba de otro tiempo, de otros días que estaban hundidos en el fondo del brumoso pasado. Aquella mano... Era como si volviese, de pronto, algún viejo terror de sus días de niña. La vio claramente en una de las paredes. Era una huella muy claramente marcada, como si alguien hubiera ensuciado su mano con polvo de carbón y luego la hubiera apoyado en la pared largo rato.

Y de pronto, la muchacha recordó.

De pronto, sus labios se movieron. Nadie hubiera sido capaz de decir si aquellos labios temblaban o formulaban una súplica.

CAPITULO IV

Dio media vuelta.

Sus pies, clavados en el suelo, le impedían correr, pero al menos avanzó, paso a paso, hacia la salida. Sentía unos deseos irresistibles de gritar.

Pero, al mismo tiempo, le daba vergüenza.

El recuerdo que la acometía no era terrorífico del todo. No tenía motivo para asustarse; ella lo sabía. Pero prefería salir de allí, prefería no verse hundida en un pasado que parecía convertirse en una pesadilla entre el silencio y la soledad de la casa.

Aquella mancha no estaba allí cuando ellas limpiaron. La habían hecho después.

Y ella sabía quién.

Pero, de pronto, recordó que tenía que cerrar el conmutador.

No podía irse así, no iba a dejar las cosas sin hacer. Total, era menos de un minuto.

Subió al gran armario donde se guardaban, desde siempre, las interminables hileras de uniformes del servicio, y donde en un ángulo estaba el conmutador general de la electricidad.

Tendió la mano.

Y de pronto, la mano quedó quieta en el aire, como un pájaro sorprendido, mientras por sus músculos pasaba como una corriente de hielo.

Acababa de ver el ojo, el ojo quieto, enorme, hipnótico que la miraba desde el fondo del armario, desde más allá de los uniformes, desde más allá del espacio y del tiempo.

Acababa de ver el horror, la imagen misma de la muerte, acechando entre las sombras.

Fue a retroceder, pero ya no pudo. Algo parecido a dos zarpas había caído sobre su garganta. Intentó gritar, pero una de aquellas zarpas le tapó la boca.

Era una cosa fría lo que penetraba en el corazón de Mary. Algo que no causaba dolor, pero sí una infinita angustia. Era como una sensación de debilidad de vacío. El ojo estaba sobre ella, como absorbiéndola, llenándolo todo con una macabra presencia.

De pronto, las rodillas de Mary se doblaron.

De pronto, el dolor fue horrible, espantoso, y sacudió todo su cuerpo.

Pero ella no podía gritar.

La zarpa seguía apretando su boca, estrangulando su aliento.

De pronto, Mary tuvo un estertor, un último estertor, y cayó silenciosamente a tierra.

CAPITULO V

Lidia se apoderó de uno de los paquetes y dejó los otros en la caja. De momento, no necesitaba más. El hecho de haberlos encontrado fuera, sobre la mesa, lo atribuyó a una equivocación de Mary. Quizá ella había creído haberlos guardado, cuando en realidad los dejó fuera.

Buscó también cerillas.

No las había, pero sin embargo, sí un pequeño mechero de oro, un auténtico «Du Pont». Lidia se apoderó de él, pensando devolverlo. Sólo lo usaría mientras estuviese allí.

En aquel momento, cuando lo tenía en la mano, se apagó la luz.

«Mary ha sido bien inoportuna —pensó la muchacha—. Podía haber esperado a que bajase...»

De todos modos, era fácil encontrar el camino.

Salió al vestíbulo superior y comenzó a bajar las escaleras. Pudo distinguir los peldaños con cierta claridad, porque una débil luz aún penetraba por las ventanas.

—¡Mary! —llamó—. ¡Mary!

Nadie respondió.

Un silencio helado parecía resbalar por sobre las baldosas de mármol, parecía aposentarse entre los muebles solemnes que ninguna mano humana parecía haber rozado durante muchos años.

—¡Mary!

De pronto, Lidia vio, o creyó ver algo.

Pero no estaba segura.

Quedó rígida en los peldaños, mirando hacia abajo, sintiendo físicamente como sus ojos se le salían de las órbitas.

Creía habar distinguido unos ropajes color plata vieja. Un color entre negro y brillante. Una sombra furtiva.

Pero, de pronto, aquella visión fugaz se evaporó. El vestíbulo inferior volvió a quedar vacío.

Lidia sentía la garganta seca.

Era una muchacha valiente, animosa, pero jamás había vivido una situación como aquélla.

—¡Mary!

Su voz sonó apenas serenarse y siguió descendiendo. No podía dejarse ahora dominar por el miedo. No había tampoco el menor motivo.

Llegó a la planta baja.

Las sombras eran cada vez más espesas, más impenetrables. Las ventanas eran apenas como débiles manchas de color violeta.

Lidia temió tropezar.

Manejó el encendedor a gas y una alta llama brotó de su mano derecha. La luz le permitió ver los relieves de los muebles. Un círculo vacío parecía

haberse creado en torno a la muchacha; un círculo que abarcaba la débil luz del gas, pero más allá del cual sombras palpitantes y peligrosas la envolvían por completo.

Miró hacia la puerta que Mary le había indicado, la puerta más allá de la cual estaba el conmutador de la luz.

La vio cerrada.

Quedamente, escuchando el rumor suave de sus propios pasos, la muchacha avanzó hacia allí. La lucecita de gas iba disipando hileras de sombras, siluetas de muebles parecidas a espectros descarnados, relieves de cuadros colgados en las paredes y cuyos ojos parecían acecharla. Lidia, pese a toda su sangre fría, hubiera querido gritar y salir corriendo de allí. Salir en una huida vergonzosa.

Cuando iba a abrir la puerta le pareció ver algo más.

Era un reflejo en un cristal.

Un ojo que la miraba.

Alguien estaba quieto al otro lado del vestíbulo y parte de su rostro se reflejaba borrosamente en el cristal de una cornucopia. Pero el ojo, aquel ojo grande y quieto, se distinguía con claridad. Parecía un objeto de cristal, pero dotado de poderosa vida. Diríase que trataba de hipnotizarla.

La muchacha giró lentamente.

Sentía los pies clavados en el suelo. No podía correr.

Ignoraba que era lo mismo que le había ocurrido a Mary pocos minutos antes.

Su rostro desencajado se volvió hacia el lado del salón donde debía estar situado el ojo.

Vio una borrosa sombra. Sólo una borrosa sombra que parecía haber sido engendrada por las mismas paredes. Nada brillaba en ella, ni el ojo ni los dientes, ni un leve relieve de metal, como por ejemplo la hebilla de un cinturón. Nada.

Ni siquiera hubiese podido asegurarse que se trataba de un ser humano.

Las sombras flotaban en torno a él, se movían. Sólo la extraña figura estaba, quieta. La figura de la cual, Lidia había visto un solo ojo.

De pronto, también ella se movió.

Parecía avanzar lentamente.

Lidia sintió que el temor la dominaba, que era más fuerte que ella misma, y lanzando un grito corrió hacia la puerta.

No se dio cuenta de que dejaba de apretar el resorte del encendedor. Este se cerró y la llamita quedó extinguida. Entre las tinieblas, Lidia tropezó con uno de los butacones y cayó al suelo cuan larga era.

El encendedor resbaló de entre sus dedos. Fue a perderse bajo uno de los butacones.

No se oía nada.

Sólo el susurro del viento entre los árboles. Sólo esos mil ruidos inexplicables que parecen brotar de todos los rincones de una casa vacía.

¿Vacía?

¿Dónde estaba Mary? ¿Y quién era aquel ser inexplicable del que sólo había llegado a ver un ojo?

Oyó pasos furtivos.

O quizá no eran pasos. Era como el roce casi inaudible de los pies de alguien que caminara descalzo. Tal vez de alguien que no tenía los pies como los demás seres humanos. Este pensamiento penetró, como un veneno, en el cerebro de Lidia, paralizándola de horror.

Y entonces vio el ojo reflejándose en otro de los espejos. Ahora estaba a su derecha.

No se veía nada más que aquello: sólo el ojo vigilando, escrutando entre las sombras.

Fue el propio horror lo que dio fuerzas a Lidia. Con un salto felino llegó hasta la puerta. Tuvo la sensación de que alguien la perseguía, pero no lo hacía corriendo. Como si alguien volara a su encuentro...

Hizo girar el pomo. ¡Y éste no obedeció! ¡La cerradura debía haberse encallado!

No miró hacia atrás. No quería conocer el horror que tenía a su espalda. Pero le parecía oír una respiración jadeante, tensa, apenas a unos pasos. Volvió a tirar frenéticamente del pomo.

Entonces, la puerta se abrió.

Lidia empezó a correr frenéticamente entre los helechos, bajo los árboles helados, mientras un grito de horror brotaba de su garganta.

CAPITULO VI

En efecto, eran las más extrañas fotografías que Jess había visto en su vida. La cara del hombre estaba partida por la mitad, y tenía por ello media nariz, media boca, media mandíbula, una sola mejilla, un solo ojo. La sensación que producía era extraña, quizá un poco incómoda o misteriosa, igual que si uno se encontrara, de pronto, ante un ser de otro planeta.

Marlen susurró:

—¿Qué pasa? ¿Por qué lo mira todo con esa cara?

—No sabría decírselo. Quizá no me había encontrado nunca ante una colección de fotografías como éstas.

—Son fotos artísticas hechas por un hombre que ya murió. ¿Sabe por qué llegó a esta conclusión tan sorprendente? Pues porque se había especializado en fotografiar caras anormales. Caras de personas quemadas y todo eso. Personas tuertas. Personas que tenían una mejilla irreconocible, pero la otra la tenían bien. Se especializó, por tanto, en fotografiar la media cara «presentable» de cada persona, y uno de los que le animó en ese difícil arte fue mi marido, fue Greschen. Precisamente las medias caras que ve usted ahí son suyas. Este era Greschen.

—¿Tenía un solo ojo? —Murmuró confusamente Jess—, ¿Quizá era tuerto?

—¿Usted no lo conoció?

—No, no lo recuerdo. Es posible, vamos, es seguro, que en el archivo del periódico tengamos fotos suyas, pero yo no las he mirado. Desde el final de la guerra mundial han pasado muchos años.

—Cierto. Demasiados... Tantos, que .desde la niña que yo era he pasado a ser una mujer madura. Pero contestaré a su pregunta: sí, efectivamente, mi marido era tuerto. No es que me resultara deforme, pero sólo veía con un ojo. Por eso las últimas fotos que se hizo fueron de su lado de cara más presentable.

Jess pestañeó un momento.

Sí, en cierto modo aquello era natural. Era un capricho de artista, pero tenía su lógica. Entonces, ¿por qué le atormentaba a él aquella confusa sensación del más allá? ¿Por qué le envolvía la sensación de misterio?

—Venga —dijo ella—. Le enseñaré el resto de la casa. Mire, todos estos armarios se abren y cierran electrónicamente.

Y pulsó un botón. Había dos armarios empotrados en la habitación, de los que solamente se veían las puertas artísticamente labradas. Las dobles hojas se corrieron, una a cada lado, a causa del impulso eléctrico.

Los armarios quedaron abiertos.

Y entonces, Jess pudo ver lo que había en uno de ellos.

Pudo ver al hombre con el puñal clavado en el corazón, el pecho teñido de sangre y colgado como un fardo.

Colgado por el cuello de una de las perchas.

* * *

La Morgue de Washington es ya algo vieja, como muchos edificios de la capital federal. Tiene salas de autopsia perfectamente equipadas, pero aún abundan en ella los pasillos oscuros, los ascensores chirriantes, las habitaciones cerradas donde se conservan unos restos en formol o se acaba de pudrir el ataúd de un desenterrado. Había rincones en la Morgue que aún recordaban a Edgar Allan Poe, en los que aún flotaba el aire misterioso de los muertos de otro tiempo.

Y eso era justamente lo que estremecía a Jess al caminar por aquellos pasillos: la sensación de que se enfrentaba a una muerte llegada del fondo de otro tiempo. La sensación de que no eran los vivos los que decidían todo aquello, sino extraños personajes enterrados desde años antes en sus ataúdes, quizá con un solo ojo.

Llegó a la sala de autopsias número Dos, donde le había citado el teniente de policía Morrison, a condición de que no diera información a su periódico de nada de lo que viese. Sobre las dos mesas gemelas estaban tendidos los dos cadáveres: el de Alice, la escritora polaca que se arrojó por la ventana de una casa de millonarios, y el del hombre que apareció apuñalado en un armario de la misma casa. Los dos cuerpos eran muy distintos —el uno tan corpulento y el otro tan flaco—, pero se habían igualado en el lejano mar de la Eternidad.

El teniente Morrison ya estaba allí. Fue él quien dijo:

—Te he permitido venir por simple amistad, Jess, pero sobre esto no vamos a dar información a los periódicos por ahora. Si quieres hacer preguntas te contestaré, pero guarda las respuestas en conserva para cuando el juez autorice a hablar de todo esto. Las circunstancias nos obligan a ser discretos, puesto que todo ocurrió en la casa de un héroe de la Segunda Guerra Mundial, un hombre que fue a la tumba con dos de las condecoraciones más preciadas del mundo: la Cruz Victoria británica y la Medalla de Honor del Congreso.

—Lo entiendo muy bien, Morrison. De todos modos, algunas cosas ya las he averiguado por los archivos de mi periódico.

—El asunto te ha impresionado y tratas de meter las narices, ¿no? ¿Qué es lo que has averiguado?

—Bueno... Pues por ejemplo, que Alice Bolkova fue en Polonia una especie de niña prodigio,, una escritora muy joven pero que ya tenía gran fama cuando el país lo ocuparon los nazis. Su familia era judía y ella fue a parar a un campo de concentración. Sólo tenía quince años, pero era bonita. Por eso no la mataron.

Morrison cerró los ojos un momento. También los cerró el forense, a pesar de que su contacto diario con la muerte le había convertido en una especie de autómata inhumano. Por los ojos de los dos desfilaron los viejos horrores, las

vilezas y las suciedades de otro tiempo. Darían sus vidas para que aquello no sucediese otra vez.

—En efecto, en el brazo tiene grabado el número de Auschwitz —musitó el forense—. Sigue.

—Lo demás es sencillo: como era bonita, no la mataron. Iodo el mundo conoce aquellos despiadados métodos de selección. Los débiles, los viejos y los niños a !a cámara de gas; los jóvenes y fuertes al trabajo; las chicas bonitas a los prostíbulos. Yo creo que por encima del cuerpo de la pobre Alice pasaron docenas y docenas de soldados de las SS cuando ella sólo tenía quince años. Su cuerpo y su cerebro quedaron dañados para siempre, quedaron marcados con la huella del horror.

—Por eso se le permitió entrar luego en los Estados Unidos y se le dio la ciudadanía norteamericana —dijo suavemente el policía—. Las organizaciones judías de nuestro país la convirtieron en una especie de heroína y se desvivieron por ella. Aunque sólo era un manojo de huesos, lograron que se rehabilitara físicamente, aunque nunca volvió a ser lo que había sido. También la impulsaron a que escribiera, y en efecto ella lo hizo, puesto que se ha ganado 1a vida así hasta cumplir casi los sesenta años. Pero parece que ya no era la maravilla que pudo haber sido.

Jess dijo:

—¿Está claro que se suicidó?

—Sí —informó el forense—. No hay en su cuerpo el menor rastro de alcohol ni de droga, o sea que estaba en pleno uso de sus facultades. Tampoco hay señales de lucha, empujones o golpes. Se suicidó simplemente porque la acometió una especie de desesperación, o porque tuvo miedo.

—¿Miedo de qué? ¿O de quién?

Los ojos fueron entonces insensiblemente hacia el segundo cadáver.

Enorme.

Rígido.

Un hombre que ya tendría casi setenta años, pero que sin embargo, parecía conservar el vigor y la firmeza de la juventud.

Jess no sabía cosas de él, pero en cambio las sabía Morrison.

—Al terminar la guerra, en plena juventud, era coronel de las SS —informó el policía—. Había hecho una carrera rápida a base de salvajadas, pues fue uno de los que más se distinguieron en Auschwitz. No fue jamás a la guerra y no disparó jamás un tiro contra un enemigo armado. Sólo los disparaba contra mujeres y niños. Al terminar la guerra logró refugiarse en Austria con documentación falsa y escapó de las manos de los rusos, que hubieran hecho con él una justicia rápida. En 1947, en cambio, ya estaba en Alemania occidental ocupando un cargo en las redes de abastecimientos de víveres. Luego sus viejos amigos nazis, e incluso algunos miembros del partido de Adenauer, siguieron apoyándole, hasta que tuvo un cargo de confidente de la policía para denunciar a los agentes rusos, cargo que en parte pagábamos nosotros, los norteamericanos. Al fin montó un negocio de

importación y exportación y se hizo rico. Esos son los datos que constan en nuestros archivos.

—¿Era ciudadano norteamericano? —preguntó Jess.

—No. Estaba aquí en visita turística.

—Y fue invitado a la fiesta de la viuda Greschen, ¿no? ¿Por qué?

—Lógico —siguió diciendo Morrison—. Aparte de sus negocios de importación y exportación, era un acreditado comerciante mundial de obras de arte, y la viuda Greschen está interesada en esas cosas. Tiene dinero para pagarlas.

—Y Alice estaba allí invitada en su calidad de intelectual, ¿no?

—Exacto.

—Debían conocerse. Quizá ese tipo, Friedrich Goran, fue uno de los que la poseyeron sexualmente y la atormentaron durante noches interminables en los barracones de placer que había en Auschwitz,

—Y entonces ella no pudo soportar la horrible sensación y se arrojó por la ventana, ¿no? —Preguntó el joven—. Al menos esa muerte está clara. ¿Pero y la de Goran? ¿Por qué lo liquidaron a él? ¿Y quién lo hizo?

Morrison negó tristemente con la cabeza.

—No lo sabemos aún —dijo—. Por eso procuraremos esquivar hasta el límite posible las preguntas de la prensa.

—¿Algún judío que también lo reconoció? ¿Alguien que decidió tomarse la justicia por su mano, según la vieja ley del diente por cliente.

—No. Casualmente, esta vez la única judía que había en la reunión era Alice. He examinado cien veces la lista de los invitados que habían llegado ya. Ninguno estuvo en Europa ni pudo tener la menor relación con los nazis. Eran hombres de negocios, intelectuales, músicos, magnates de la industria... Por ese camino no hay nada a hacer.

Jess asintió con una lenta cabezada.

También él se sentía desorientado.

Y le ocurría, además, una cosa inesperada: no podía borrar de su imaginación la visión fascinante de las piernas de la viuda Greschen.

—De acuerdo —prometió—, no diré en mi periódico ni que he estado aquí. De momento he escrito una crónica muy en directo sobre las circunstancias de las dos muertes, pero sin profundizar en nada. Seguiré en esta línea.

Estaba ya casi en la puerta, cuando musitó:

—Ah..., ¿qué dice Marlen, la viuda Greschen?

—Que ella no entiende nada, por supuesto. Goran era uno de sus invitados, pero no tiene ni idea de lo que pudo ocurrir con él.

—De acuerdo, gracias. Oiga, Morrison..., otra cosa.

—¿Qué?

—¿Dice que Goran, en el año cuarenta y cinco, ya era coronel?

—Sí.

—Demasiado joven para eso, ¿no?

—Depende. Había generales de cuarenta años. Ya se sabe que en las guerras muere mucha gente y hace falta sangre joven para renovar.

—Pero los que ascienden con tanta rapidez son tipos que suelen lucirse en las batallas—murmuró Jess—hombres a los que la guerra da una oportunidad. En cambio, ¿en qué se lució Goran? ¿Qué servicios le recompensaron? Los tipos como él acabaron vivos la guerra, pero como máximo con el grado de capitán. No entiendo por qué, de pronto, se vio ascendido a coronel y luego fue protegido por bastantes alemanes occidentales. ¿Qué había detrás de eso?

Morrison dijo con voz opaca:

—No lo sé. Le juro que no lo sé.

Y luego añadió sin mirar a ninguna parte:

—Se trata de una investigación difícil y de resultados muy inciertos. La mayor parte de las personas que vivieron aquella época ya han muerto o no quieren hablar por no comprometerse. Desean pasar en paz sus últimos años.

Jess miró desde lejos el cadáver de Goran.

—Si —dijo con expresión ausente—: en paz.

Y salió de allí.

El olor penetrante a formol se le había metido en el estómago.

Sentía una náusea.

CAPITULO VII

Jess se dedicó a buscar en los enormes archivos de su periódico, donde se guardaban las noticias más contradictorias, noticias que seguramente no servirían jamás para nada, pero que el día menos pensado daban extrañas pistas. Con esa esperanza, pasó casi dos no-ches enteras buscando y buscando.

Pero fue inútil.

Nada se relacionaba con Goran ni con la joven escritora polaca, aparte de lo que ya sabía. Tampoco había noticias que arrojaran la menor sospecha sobre Greschen o sobre su joven viuda, que además vio terminar la guerra a una edad en la que no se le podía atribuir responsabilidad alguna.

Sin embargo, la idea le obsesionaba.

No le dejaba dormir.

Algo que venía del fondo de la vieja Europa, de los viejos horrores de la ocupación nazi, estaba allí, en Washington, y seguía repartiendo la vida y la muerte. ¿Por dónde podía encontrar información él? ¿Qué antiguos recuerdos le ayudarían a hurgar en el pasado?

Intentó ver de nuevo a Marlen, pero ésta le rehuyó. No quería verse metida en aquel lío que perjudicaba su buen nombre, y eso le pareció a Jess tan absolutamente lógico que no quiso insistir. Pero entonces, ¿dónde buscar?

Vassily, uno de sus más viejos compañeros de redacción, se lo dijo:

—¿Recuerdos de la dominación nazi en Europa? También pides tú cada cosa rara, chico... Cierto que mucha gente- de la que se pasea por estas calles vivió la época y la sufrió en su carne, pero han pasado más de treinta años y los datos se han ido perdiendo. Me refiero a datos corno los que tú quieres, de tíos misteriosos, de cosas que no se escribieron nunca ni figuran en los archivos... De todos modos hay un tipo que re puede ayudar por unas cuantas monedas. Es Kliben, un ex ciudadano de Letonia que tuvo que emigrar de allí por haber ayudado a las SS. Las pasó canutas durante años y años hasta poder llegar aquí con un permiso especial de residencia que le ha caducado, de modo que cualquier día la policía le puede echar el guante. Vive a salto de mata y te dará datos a cambio de dinero, siempre que tú le prometas discreción. Si no, ni verte. Si ve que eres un charlatán, corte de manga y calla.

—No soy un charlatán, tú me conoces —musitó Jess—, Soy incluso demasiado callado para ser periodista,

—Pues entonces, toma. Has de ir a Nueva York. Te darán razón de él en este bar del West Side.

Jess tomó la dirección.

Fue a Nueva York.

Las brumas del West Side, los edificios con los vecinos negros parados en las puertas, los restaurantes familiares y casi secretos, las tiendecillas de objetos usados, los parkings llenos de roña, los cines porno de los que la gente

salía con la mirada huidiza. Todo eso era el West Side que él conocía, en el que se había hecho hombre, pero los años transcurridos no le habían hecho cambiar. En todo caso, estaba algo más sucio. Como estaba algo más sucio el bar de Jolly, con sus clientes tomando el café de cara a la pared y sus dos o tres putangas de los bajos fondos que se habrían retirado ya si el Estado hubiese establecido el derecho de jubilación para el puterío, como debiera ser.

Jolly le miró de arriba abajo cuando él le preguntó por Kliben.

—¿Kliben...? Está bien, si es Vassily quien te envía serás de confianza. No puedo decirte dónde vive, pero llámale a este número. Te pondrás de acuerdo con él.

—Gracias. Dame una cerveza.

La venerable zorrita que estaba al lado preguntó:

—¿No quieres nada más, macho?

No, Jess no quería nada más. Ni quería saber nada con piernas que no fuesen al menos como las de la viuda Greschen.

Fue a una cabina próxima, llamó y le contestó una voz gangosa. Era la de un tío que estaba en la cama con Kliben. De modo que Kliben, con los años, además de viejo, pobre y enfermo, se había vuelto marica. Vivir para ver.

—Nos veremos esta noche a las ocho en punto en la cúpula del Empire State —le dijo Kliben—. Pero ven solo, porque no quiero trampas. Lo mínimo que cobro son cincuenta dólares.

—Si los datos me sirven, le daré cien —!e prometió Jess.

Y colgó. Sabía por qué Kliben le había citado allí: el State Building es un punto de atracción turística al que acude tanta gente que nadie se puede fijar en nadie. Por otra parte, dos personas se pueden encontrar allí, hablar unos minutos y separarse sin haber llamado la atención. Quizá por eso el Empire es tan usado en Nueva York para las citas clandestinas como puedan serlo las barcas de pasajeros que recorren el Hudson,

Jess fue puntual.

Pero nadie había contado con algo imprevisible: hacía una noche de perros. Las ráfagas de lluvia azotaban Nueva York y en las calles no había nadie. Mucho menos en lo alto del Empire State, donde los rayos se veían tan cerca que parecían poder tocarse con la mano, produciendo un espectáculo que sólo podían aguantar los electricistas suicidas y los corazones fuertes.

De todos modos, Jess ya no podía cancelar la cita. Fue solo en uno de los enormes ascensores hasta la cúpula. Allí se encontró con la soledad de una noche en la que el aire parecía haberse cargado de brujas.

Pero Kliben había acudido también.

Allí estaba, en un recodo, resguardándose de la lluvia. Llevaba un impermeable hecho polvo y un sombrero que le debió haber regalado el propio Hitler el día de su entrada en el Reichstag. Todo en él olía a pensión barata, a ropa usada y a baba de marica. Tenía unos ojos profundos de pedigüeño que lo sabe todo, pero que está dispuesto a vender hasta la honra de su madre.

Jess fue directo al grano:

—Me interesa saber todo lo concerniente a un tal Friedrich Goran, que estaba en el campo de Buchenwald y acabó con el grado de coronel de las SS,

Los ojillos hambrientos brillaron.

—Goran .. —dijo—. Durante años y años nadie me había preguntado por él.

—¿Lo conocías?

—Claro... Yo, en mis viajes, había dormido algunas noches en Buchenwald.

—¿También con las pobres muchachas judías a las que se obligaba a practicar la prostitución?

—Sí. También.

Jess sintió asco.

—¿Conociste a una polaca que luego fue una famosa escritora; una tal Alice Bolkova?

—¡Qué escritora ni qué puñetas! ¡Allí todas se dedicaban al oficio más viejo del mundo para poder comer! ¿Me has entendido? ¡Y a ninguna se le hubiera ocurrido escribir una hoja como no fuera para dictar su propio testamento!

—De acuerdo, no conociste a esa mujer. Pero háblame de Goran.

—Subió aprisa, demasiado aprisa...

—¿Por qué?

—Hizo favores.

—Favores, ¿a quién?

—No lo sé... Favores a los gerifaltes, supongo. Quizá esconder joyas y obras de arte y todo eso... Aunque quizá picara más arriba... Dicen que por dos .veces lo recibió en la Cancillería el propio Hitler.

—¿Para qué?

—No sé... Se hablaba de algo asombroso... Claro que entonces todo eran rumores y fantasías. Ya lo sabes o al menos lo has leído: el propio Hitler estaba loco. Confiaba en armas secretas y en no sé cuántas cosas más. Sobre los planos de operaciones dibujaba la posición de ejércitos que no existían. Pero entonces, entre la gente que estaba arriba, se había hablado de algo asombroso, formidable; de algo que nadie iba a poder creer jamás.

—¿Para ganar la guerra?

—No precisamente, sino para asegurar la supervivencia del partido nazi cuando todo se hubiera hundido. Hitler estaba convencido de que americanos y rusos se liarían a guantazos y que entonces los nazis supervivientes, si tenían dinero, podrían proclamar de nuevo su Verdad. Pero eso eran fantasías, supongo, como lo fueron las famosas V-2, que nunca decidirían el destino de una guerra... Pero oye, apoquina los cuartos, ¡marica de mierda!, porque no voy a estar hablando aquí dos horas sin que te rasques los bolsillos. Son cincuenta por lo que he dicho hasta ahora.

—¿No sabes nada más?

—Macho, si yo supiera algo más ya sería rico, y sin embargo, soy una mierda de tío. Detrás de Goran podía haber algo importante, pero supongo que todo eso eran fantasías también, porque de lo contrario, con los años, hubiera salido. Y ahora afloja la mosca, pajarín. A ver si resulta que vas a ser tú el único que hace negocio.

Jess fue a darle al menos cincuenta dólares.

No sabía gran cosa, pero algo sabía.

Y de repente supo MÁS.

Supo, por ejemplo, lo que era la muerte.

Lo que era el frío del Más Allá.

Porque el fulano había aparecido de pronto detrás de Kliben.

Gabardina negra.

Sombrero echado sobre los ojos.

«Luger» con silenciador.

Mala baba.

La mala baba quizá era lo más temible, porque el tío la usó a discreción. Antes de que Kliben pudiera volverse, le envió dos balas al centro de la cabeza.

Sonaron sólo dos chapoteos.

Saltó la sangre.

Tendió las manos con un gesto convulso y se sujetó a la valla de alambre que impide desde aquella altura una caída casual o un suicidio. Luego resbaló, mientras los sesos le iban saliendo poco a poco por un orificio del cráneo.

Pero en cierto modo aquel tipo le había servido de parapeto a Jess, que estaba tras él, y ahora el parapeto acababa de desaparecer. Quedaba solo ante la «Luger» con silenciador. Y otra vez volvió a ver en aquel rostro, encima de la gabardina negra, la sonrisita de la mala baba.

Pero Jess no se estuvo quieto.

Era un experto judoka.

Durante seis meses, en el ejército, recibió instrucción especial para comando, y era cualquier cosa menos un alfeñique. Por eso saltó de costado, pegándose a la verja metálica, saliendo del campo de tiro en fracciones de segundo, mientras el asesino enviaba dos pildorazos al aire. Los dos plomos se perdieron en el vacío.

La siguiente acción de Jess fue fulminante.

Puntapié a la pistola.

Salto.

Golpe con el codo.

Rodillazo a los testículos.

Sujeción por las orejas.

Cabezazo entre los ojos.

Otra caricia a los órganos citados en primer lugar, pero ahora con más mala sangre.

Levantar al tipo.

Voltearlo por encima de su cabeza.

¡YA!

¿Qué fue lo que le obligó a hacer eso? ¿Fue un odio inconsciente? ¿Fue el entrenamiento especial a que le habían sometido? ¿Fue el pensar que si aquel tipo recuperaba la «Luger» él estaba perdido? ¿O fue quizá la lejana voz de sus instructores que en aquellas circunstancias siempre le habían gritado MATA, MATA, MATA?

El caso fue que Jess envió el cuerpo por encima de la verja.

Un rayo iluminó la fantástica escena.

La macabra parábola del asesino al caer desde el rascacielos más alto del mundo.

El puntito negro en que de pronto se había transformado antes de morir.

Jess sintió una contracción en sus mandíbulas.

Pero no se entretuvo.

Miró en torno suyo, dejó la «Luger» puesto que en ella no estaban sus huellas dactilares y se fijó, en cambio, en algo que se le había caído al asesino de la gabardina en el momento de ser volteado. Era simplemente una fotografía de mujer.

La miró fugazmente.

Bonita chica.

Guapa.

Joven.

Sexy.

La guardó y fue velozmente hacia los ascensores, procurando que no le viesen, aunque sobre eso no se hacía ilusiones porque alguien daría su descripción fácilmente. Su esperanza estaba en largarse del edificio antes de que alguien se diera cuenta del tomate.

Menos mal que allí los ascensores son rápidos.

Un poco más y llega al suelo antes que el tío de la gabardina.

CAPITULO VIII

Para entonces, Jess ya estaba convencido de que nunca saldría de la pesadilla. La pesadilla se había hecho en torno suyo una cosa compacta y negra que le impedía vivir; una cosa que estaba ya rodeada de muerte.

Si no le hubiesen enviado a hacer aquella información rutinaria a casa de la viuda de Greschen... Si él no hubiera visto el cuerpo de la escritora polaca dando una voltereta en el aire y estrellándose casi junto a su coche...

De todos modos no le quedaba tiempo para pensar. Aquella misma noche regresó a Washington en el último avión y entonces miró con calma la fotografía. Era la de una chica de unos dieciocho años, o sea, que tendría unos siete menos que él. Su expresión era sana, audaz y atrevida. Tenía pinta de estudiante adelantada, de mujercita que va por la vida usando el camino recto. No había datos en la fotografía, ni fechas ni nombres, a excepción de dos cosas: el nombre del fotógrafo, que se llamaba Pipper, y otro nombre escrito a mano que era éste:

BLAYFAIR.

* * *

Jess estaba sentado ante la viuda de Greschen. Marlen seguía envuelta en aquel aire impersonal, distinguido, un poco misterioso, que la hacía tan tentadora y tan selecta. Marlen tenía ese aire de mujer mayor que ya lo sabe todo —y que, en especial, conoce cuatro o cinco despampanantes posturas de alcoba—, pero que vive apartada de los hombres y no siente nada ante ellos. Reunidos los dos en uno de los saloncitos de la mansión, aquella mujer tenía algo que turbaba profundamente los sentidos del joven.

Y eso que ahora no enseñaba las piernas.

La muy maldita se había puesto la falda bien.

—No quería recibirle —dijo, mirando a Jess—, pero tampoco he querido ser descortés y por eso le he dicho que viniera. Tome, ¿quiere un poco más de té? Por mi parte, no tengo ningún inconveniente en recibir su visita, pero no le diré una palabra acerca del hombre que murió aquí. Si lo que quiere es escribir un reportaje, más vale que se vaya en seguida.

Jess musitó:

—No pienso escribir ningún reportaje. No he escrito una sola línea hasta ahora, a pesar de haber sabido algunas cosas en exclusiva, lo cual le demuestra que hablo sinceramente.

Ella asintió.

—Goran era un invitado como tantos otros —dijo—. No le había visto nunca. A mi casa, en la fecha del ocho de mayo, viene gente a la que sólo conozco por su nombre, o quizá por su fama.

—¿Y qué lama tenía Goran, según usted?

—Era un experto en arte. Tenía además buenos negocios en Alemania Federal y se le consideraba una persona muy culta.

—Bien..., ¿pero tiene idea de quién pudo acabar con él?

—Eso ya me lo ha preguntado la policía.

—¿Y qué le ha dicho?

—Lo mismo que a usted: que no sé nada. ¿No lee los periódicos?

—Me refiero a las cosas que los periódicos no publican.

—En esta ocasión se ha publicado todo. No hay secretos. No sé nada ni quiero saberlo.

Llenó otra vez su taza de té. Miraba a Jess fijamente. Seguía habiendo en sus ojos una chispita metálica.

Jess se preguntó si aquella mujer sería ansiosa. Si tendría secretos de cama. Si se acostaría siempre sola siendo como era viuda joven, rica y guapa. Pero todos esos pensamientos se diluyeron cuando Marlen susurró:

—Un consejo, Jess. Tú me caes simpático.

—Tú me caes... Bueno, también simpática —dijo, echando una fugaz ojeada a sus piernas—. Venga el consejo.

—Es sencillo: No te metas en esto.

—¿Por qué?

—No sé... Es peligroso. Huele a muerte.

Sí que olía a muerte, pero de eso sabía Jess más que ella. No le había dicho una palabra de lo de Nueva York. Se inclinó dejando a un lado la taza de té.

—Marlen... —susurró—, ¿te dice algo la palabra Blayfair?

—Es un apellido, supongo.

—¿Pero el apellido de quién?

—Tal vez el de una persona ilustre. ¿Has mirado el diccionario?

—Sí.

—¿Y qué?

—Hay demasiados Blayfair. No sé con cuál quedarme. Quizá los que más me han llamado la atención han sido los de una vieja familia del Sur, que llevan ese apellido.

—¿Dónde viven?

—Cerca de los lagos de Luisiana.

—Pues no, no los conozco —dijo ella con voz impersonal—. Yo me muevo poco de Washington. Soy una pobre viuda.

—¿Conoces a un fotógrafo llamado Pipper?

—¿Y por qué lo había de conocer?

—No, por nada... Podías conocerlo casualmente, y en ese caso me hubiera servido de ayuda. Pero he averiguado algo acerca de ese fotógrafo. Casualmente también trabaja en una población cercana a los lagos de Luisiana.

Espiaba atentamente a la mujer, buscando sus reacciones, sus reflejos, pero ella, ni siquiera pestañeó. Estaba claro que el nombre no le decía nada. Luego, la viuda musitó con voz tensa:

—Aléjate de toda esta basura, Jess. Por favor, hazlo.

Y acercó un poco más los labios.

Dejó que él la besara en la boca.

Tenía una boca suave y fresca.

La muy condenada.

Apretadas curvas de chica joven,

Pero experiencia de chica viciosa.

Se puso en pie cuando ya las manos de Jess se posaban en sus piernas.

—No, eso no —susurró ella.

—Perdona.

—No sé qué concepto tiene la gente de las viudas.

—Ni siquiera había pensado en que lo eres. Sólo he pensado que eres una mujer bonita. Discúlpame.

—Seguramente pensáis que siempre estamos deseando que alguien nos quite los recuerdos y nos caliente la cama.

—Los recuerdos son la cosa más nuestra que tenemos —susurró Jess—. A mí no me gustaría que me los quitaran.

Marlen se apartó un poco.

—¡Adiós, Jess! —Susurró—, y hazme un favor.

—¿Qué favor?

—No me hagas asistir a tu entierro.

Dio media vuelta y desapareció por la puerta que había al fondo, sin despedirse con una palabra más. Desapareció corno un témpano de hielo; como una mujer que no necesitaba a los hombres, que no necesitaba una cama caliente de vez en cuando, que había superado ya la turbia necesidad de las caricias y de los besos.

Hielo picado, en fin.

Jess sintió despecho y tristeza. Con las mujeres le ocurría muchas veces eso. Parecían ponerse a punto y de repente..., ¡zas!

Chascó los dedos y dio una vuelta.

* * *

No supo exactamente por qué, pero lo pensó al salir de la casa.

¿Era realmente la viuda Greschen lo que parecía? ¿Era de verdad un témpano de hielo que sólo de tarde en tarde sentía la dulce necesidad de besar? ¿O quizá llevaba una doble vida; quizá bajo su mirada metálica se ocultaban las turbias necesidades de una mujer que se quema con el deseo?

¿Se relacionaba eso de algún modo con las cosas que estaban sucediendo?

Jess hizo entonces algo que no había hecho nunca y que quizá no volvería a hacer. Deseando llegar hasta la entraña de aquel misterio, se deslizó por entre las sombras del parking y dio la vuelta a los jardines del palacete. Al fondo se oían los mil rumores del río Potomac, pero por lo demás, todo era silencio. Jess buscó el apoyo de una columna sólida y trepó por la fachada,

puesto que en ésta había muchos adornos y relieves que servían de apoyo a sus pies. Por encima de su cabeza acababa de iluminarse uno de los grandes ventanales superiores, en la parte que daba al río.

Jess llegó hasta allí.

Quedo materialmente colgado junto a la ventana.

Pero por un resquicio de las cortinillas podía ver.

Ver...

Notó que unas gotitas de sudor resbalaban por sus pómulos.

¿Envidia? ¿Sorpresa?

¿Rabia?

Porque Marlen acababa de entrar en su alcoba, y en esa alcoba la esperaba un hombre. Porque aquel hombre con un gesto agresivo, audaz, buscaba su boca. Porque ella correspondió ávidamente y sus besos furiosos produjeron chasquidos en el aíre.

Jess tuvo que cerrar los ojos.

Sintió en su garganta unas gotas de saliva amarga.

En el terreno sentimental y sexual, hay cosas que a los hombres nos hieren hasta el fondo: que le den a otro alegremente las cosas que a nosotros nos han negado con desdén o con tristeza. Que una mujer bonita haga en la cama con otro lo que con nosotros no quiso hacer.

Pero Jess no estuvo mucho tiempo allí. Comprendió que era innoble seguir mirando.

Y se deslizó suavemente hasta el suelo mientras seguía notando en su garganta las gotas de saliva amarga.

CAPITULO IX

Los potentes motores del avión de la Eastern Airlines aún despedían nubecillas de calor después del aterrizaje, cuando Jess ya había alquilado un coche en el aeropuerto de Nueva Orleáns y se dirigía a la máxima velocidad permitida hacia una pequeña población llamada El more, cuyo nombre había visto por primera vez en las listas de prensa. Porque Elmore era la población donde él había podido leer que ejercía su oficio el fotógrafo Pipper.

La carretera era lisa, perfecta, y sólo presentaba algunas suaves curvas en los tramos que bordeaban el río Mississippi. En uno de ellos, Jess aún pudo ver remontar las aguas a lino de los viejos buques de ruedas de palas que se usaban en e! siglo pasado, y que ahora hacían en trayectos cortos las delicias de los turistas.

Felices de ellos, felices de los que podían disponer de su tiempo y su dinero sin problemas. Jess había tenido que pedir unos días de permiso sin sueldo al Washington Post, pues su redactor jefe no admitía salidas en aquella época del año y además, su dinero se estaba esfumando peligrosamente. Pero, pese a todo, estaba dispuesto a llegar al fin de aquel asunto; a conocer la verdad misteriosa que se escondía detrás de la pesadilla.

Llegó a Elmore sin dificultad, cuando la noche ya estaba cayendo. La población era hermosa, tranquila, y los tejados de sus casas bajas recibían la caricia de enormes árboles que recordaban la vegetación de las selvas tropicales. Los primeros lagos estaban a poca distancia y todo era verde y lujurioso allí, todo recordaba la luz de las islas del Caribe y de las poblaciones tranquilas del golfo de México.

La casa de fotografías de Pipper estaba en la calle principal, ante un banco donde los viejos captaban los últimos rayos de sol. Pipper era un fotógrafo medianejo, que sólo trabajaba para la prensa en condiciones excepcionales, y recibió muy bien a Jess, mientras le decía que los periodistas del Washington Post se forraban y que aquello sí que era vida.

—La foto la hice yo —dijo al mirarla—. Sí, en efecto... No hace mucho. ¿Dónde la ha encontrado?

—La llevaba un hombre que murió en Nueva York —explicó Jess, mintiendo a medias—. Quiero averiguar lo que puede haber detrás de esa muerte,

—¡Oh, pero es absurdo...! A ella no puede culparla nadie. Se trata de una muchacha absolutamente honrada, de una familia muy decente; una chica que, además, no ha estado en Nueva York nunca...

—Nadie trata de culparla, puesto que yo ni siquiera soy policía. Sólo intento conocer la verdad.

—Bueno..., ¿quiere decir que espera entrar en contacto con Lidia?

—¿Se llama Lidia?

—Sí, y yo la conozco bastante. Buena chica, ¿sabe? Unos dieciocho años.

Está acabando los estudios secundarios en un colegio de alta categoría, de esos tan severos. Resulta absurdo relacionarla con ningún asunto sucio.

—Sí; ya tiene cara de ser una chica de clase. Bien.,., ¿qué colegio es ése?

—El American Family.

—¿Tiene eso algo que ver con los Blayfair?

—¿Los Blayfair? ¿Por qué? —Preguntó sorprendido el fotógrafo—. ¿A qué viene eso ahora? ¿Por qué los nombra?

—No sé... Había oído decir que fue una de las familias más importante de esta comarca —susurró Jess.

—En efecto, y aún conservan una magnífica mansión, pero está deshabitada. El heredero de todo es John aunque hace tiempo que desapareció. La gente tiene un poco de miedo en aquella zona, ¿sabe? Dicen que la casa está encantada... Bueno, tonterías. Lo cierto es que nadie se acerca por allí. Hace tiempo, en las inmediaciones del American Family, que está junto a un lago, hubo unas investigaciones de la policía... Sí..., ¡ahora lo recuerdo bien! Lidia, esa muchacha, estaba precisamente metida en el asunto.

Jess arqueó una ceja.

—¿Lidia? ¿Por qué? —preguntó.

—Bueno... Resultó que la acusaron de alucinada. ¡Dijo que había visto algo así como un platillo volante! ¡Y a un habitante de otra dimensión! ¡Un extraterrestre o algo parecido! ¡Imagínese...! De todos modos la policía, como la chica tiene fama de sensata, hizo una investigación que no dio resultado alguno. No había nada en aquel lago, cuyas aguas, además, son terriblemente profundas. En fin, eso es todo lo que sé.

Jess cerró un instante los ojos.

Bueno, seguía la niebla.

La pesadilla.

Incluso podía decirse que las cosas eran cada vez más siniestras, más misteriosas, más difíciles de comprender.

Porque ahora había además un viejo caserón abandonado.

Y un lago.

Y una chica que había visto un ser de otro planeta.

—Gracias —dijo, mientras sonreía, recuperando su calma—. Me ha sido usted muy útil, amigo. Cuando necesite algo de Washington, no deje de escribirme. Aquí tiene mi tarjeta.

Y se largó.

Cerca estaba la oficina de teléfonos.

Pidió una conferencia con el American Family, aquel colegio de lujo en el que Lidia estudiaba, pero le dieron una noticia sorprendente:

—No está aquí.

—¿Cómo que no está?

—Nos dejó.

—Pero ¿por qué?

—Lo siento, señor —dijo la voz impersonal de la secretaria—, pero éste es

un colegio serio y de alto Standing. No podemos darle más informe? por teléfono.

—¿Y si voy a verles? Si nos encontramos personalmente, ¿me los darán?

—Eso depende de la Dirección, señor. De todos modos, venga a vernos cuando le plazca.

Y colgaron. Jess se quedó mirando el auricular con expresión aturdida. Luego colgó también.

Sólo faltaba eso: que la chica hubiera desaparecido.

Pero tomó una rápida decisión, deseando hacer las cosas aquella misma noche. Montó de nuevo en su automóvil y se dispuso a ir al American Family, pero pasando antes por la que le habían dicho que era la mansión de los Blayfair.

Condujo a poca velocidad.

Las carreteras ya empezaban a estar oscuras.

Sobre el paisaje se extendía el eterno misterio de los lagos de Luisiana.

Jess conducía con los nervios cargados de tensión, sabiendo, adivinando, que la pesadilla se hacía más y más espesa en torno suyo.

Pero aún le faltaba ver lo más curioso.

Aún le faltaba ver aquel coche detenido entre ¡as ramas del bosque, más allá de la curva.

CAPITULO X

Normalmente, nadie se hubiera fijado en aquel coche, pero Jess tenía una cierta experiencia, a través de las informaciones llegadas al periódico, sobre las cosas que pueden ocurrir en un coche estacionado fuera de la carretera, en especial si una chica sola ha cometido la insensatez de subir a él haciendo autostop. Claro que también podían estar allí dos enamorados, pero los golpes que se oían en la cabina hicieron pensar a Jess todo lo contrario.

Dicen las personas prudentes que lo aconsejable es no meterse en líos.

Pero Jess no era una persona prudente.

Detuvo el coche en la curva siguiente, tras fingir que pasaba de largo, apagó los faros y lo sacó de la calzada. Momentos después, avanzaba con los puños apretados hacia el otro vehículo.

Pudo verlo bien.

Era un «Ford» nuevo.

Asientos abatibles.

Radio estereofónica que sonaba quedamente.

La chica atada a uno de aquellos asientos.

Un tío que le quitaba la ropa.

Otro que, por detrás, la mantenía sujeta a la fuerza.

Y otro que estaba a la expectativa, aguardando el momento de intervenir.

Fue ése el que más recibió, y, además, en un sitio tan comprometido que el pájaro no lo olvidaría nunca, nunca, nunca, ¡maldita sea!, nunca. El tío lanzó tal aullido, tuvo tal espasmo sangriento en la boca, que perdió el sentido mientras caía a un lado del coche. Los otros dos miraron con ojos alucinados al fulano que acababa de pasar al ataque.

La chica lanzó un gemido.

Los granujas se echaron hacia delante.

Querían guerra.

Bueno; tanto peor para ellos.

Jess movió los dos. Las rodillas, los puños. Fue en busca de las partes vitales, según le habían enseñado en la escuela de comandos. Gastó mala uva.

Apenas veinte segundos después, los pájaros estaban desplumados, caídos, y echando sangre por la boca. Jess ni siquiera los miró.

Era un trabajo sucio el que acababa de hacer. Tenía miedo de haber dejado a alguno lisiado para siempre.

Abrió entonces el capó del «Ford», arrancó los tubos que llevaban la gasolina al carburador, sabiendo que así no habría quien lo pusiera en marcha, y desató a la chica. Ella estaba medio desnuda, por lo que no se atrevió ni a mirar a la cara de Jess, hasta que se hubo puesto de nuevo sus pantalones blue-jeans, muy ceñidos y algo sucios.

Jess tampoco se fijó apenas en ella.

Una chica que había estado en un apuro. Eso era todo.

—¿Cómo has sido tan insensata como para subir en amo-stop en un coche donde iban tres tíos? —le preguntó.

—Cuando subí, sólo iba uno —dijo ella, mientras se abrochaba nerviosamente, vuelta de espaldas—. Por eso me atreví. Los otros dos esperaban en el bosque.

—¡Ah, va entiendo! El que conducía como un buen muchacho había ido de cebo para traer chicas aquí, ¿no es cierto?

Ella gemía entrecortadamente. Era una chica hundida y destrozada, aunque no le habían hecho lo peor. Su pelo bonito, pero largo y descuidado, le cubría la cara mientras se estremecía con los sollozos.

Jess musitó:

—Ven.

—¿Adónde quieres llevarme?

—Comprenderás que no me he metido en un lío para salvarte, si quisiera meterte en otro. Puedes fiarte de mí.

Ella le siguió. Sabía que los tres granujas estaban hechos polvo y que no podrían seguirles con el coche estropeado. Fue hasta el «Hillman» alquilado de Jess y se' dejó caer en el asiento mientras los sollozos aún recorrían su cuerpo.

Jess no la miraba.

Sabía que ella sentía vergüenza.

Rodaron por la carretera comarcal, ya de noche, bordeando los lagos, hasta alcanzar un motel medio cubierto por la hiedra. Junto a él había un restaurante abierto, y a cierta distancia, una cabina telefónica. Fue junto a ella donde se detuvo Jess.

Introdujo la moneda en la ranura.

Fue a marcar el número.

Y entonces sintió aquel terrible choque en la nuca.

La chica estaba tras él.

Le había atizado con todas sus fuerzas; con toda su alma.

Todo el cuerpo de Jess dio una vuelta dentro de la cabina, mientras sus ojos se llenaban de estrellitas enanas.

CAPITULO XI

Pero aunque Jess no trabajara como catcher en un ring, era un tipo duro y que nunca caía al primer golpe, Sintiendo vértigo, se mantuvo sin embargo en pie y sujetó la mano derecha de la chica cuando ella iba a atinarle de nuevo con una llave inglesa del propio coche.

Los ojos de Jess estaban nublados.

Pero balbució:

—¿Por qué?

—¡Porque tú ibas a llamar a la policía y no quiero que la policía me encuentre! ¡Llevo casi dos semanas viviendo a salto de mata! ¿Por qué crees que voy vestida así? ¡No soy más que una fugitiva!

El vértigo que dominaba a Jess desapareció. Miró a la muchacha mejor. Y de repente sus ojos se dilataron con asombro mientras se negaba a creerlo.

¡Infiernos!

¡Era ella!

¡Era justamente la chica que buscaba!

¡LIDIA...!

* * *

Lidia se dio cuenta de que él la miraba ahora con ojos extraviados y comprendió que la situación había cambiado radicalmente, que el joven que acababa de ayudarla ya no llamaría a la policía jamás. No sabía cómo, pero estaba claro que acababa de reconocerla. Y adivinó también de una forma instintiva que él trataba de ayudarla, no de hundirla

Con voz apagada, balbució:

—¿Quién eres?

—Me llamo Jess. Soy un periodista del Washington Post.

La chica se revolvió.

—¡Los periodistas os podéis ir al infierno!

—Si crees que busco una noticia o un reportaje, estás equivocada. Busco simplemente la verdad y la solución de algo que no tiene ni solución ni verdad.

—¿Y en qué puedo ayudarte yo?

—Vamos —dijo él, alejándose de la cabina y frotándose la aún dolorida nuca—. Te prometo que estoy de tu parte.

Fueron al restaurante contiguo al motel y pidieron una cena rápida. La chica se lo agradeció con los ojos, porque estaba claro que tenía hambre. Sólo después de sentirse más tranquila por haber saciado su apetito, miró a los ojos a Jess, como si estuviera dispuesta a contestar sus preguntas. Algo le seguía diciendo que podía confiar en Jess, puesto que Jess, al fin y al cabo, estaba tan solo como ella.

—¿Por qué huyes? —preguntó Jess en voz baja, mientras le pasaba el azúcar para el café.

—Me escapé del colegio.

—¿Del American Family?

—Sí.

—Bueno, pero escaparse del colegio no es ningún delito. Aunque no seas mayor de edad, ya debes tener dieciocho años y estás a nivel de estudios superiores. No veo motivo para que estés viviendo así, como una fugitiva de presidio.

—No huyo por eso, sino por lo de Mary.

—¿Quién es Mary?

—La mejor amiga que he tenido. Era hija de una especie de inquilinos de Blayfair que cuidaban la finca de los señores.

Jess cerró un momento los ojos.

Blayfair... Ya estaba allí aquel nombre otra vez. Las piezas iban encajando poco a poco, aunque seguía sin verse el conjunto de todas ellas.

—¿Qué pasó con Mary? —preguntó.

—La mataron.

—¿Dónde?

—En Blayfair.

—¿Quién?

—El hombre de otro planeta.

Los ojos de Jess sufrieron una sacudida. Ahora sí que las piezas dejaban de encajar otra vez. Una escritora polaca que se lanza por una ventana; un antiguo verdugo nazi muerto dentro de un armario; un chivato letón liquidado en lo alto del Empire State; un hombre ya muerto pero que sólo se dejaba retratar un solo ojo, y ahora una chica liquidada por un ser de otro planeta... Era demasiado para un hombre como Jess, a pesar de que intentaba ver las cosas con calma y aceptarlo todo.

—La soledad y el miedo que has pasado te han calentado los sesos, Lidia —dijo.

—No lo creas. Al contrario. Nunca había tenido tanto tiempo para pensar. Durante las noches, cuando me refugiaba en los coches de los parkings o dormía en las casas de campo abandonadas, daba vueltas y más vueltas a todo eso. Estoy perfectamente segura de lo que vi.

—¿Y qué viste?

—Un hombre con un solo ojo. O más bien era otra cosa... Más bien era un ojo enorme que se movía.

Jess sintió un estremecimiento.

¡Dios santo!

¡Los retratos que había en la habitación de Marlen! ¡Los retratos del hombre con un solo ojo...!

Ella notó aleo. Musitó:

—¿Qué te pasa?

—Nada... No hagas caso. Era sólo un pensamiento.

—¡Pues si supieras qué pensamientos tengo yo...! Pero, en fin, voy a continuar. Te diré con detalle lo que pasó.

Y le habló de su extraña visión en el lago cercano al colegio.

Aquella cosa redonda que llegó del aire y había desaparecido en la profundidad del lago.

Luego el hombre que surgió de pronto en la superficie de éste.

¡Avanzando por el agua como si patinara por ella!

En pocos segundos había recorrido una distancia que ningún ser humano hubiese podido recorrer, aun suponiendo --cosa absurda— que el agua fuese sólida y uno no se hundiera en ella.

El extraño equipo de aquel hombre, que recordaba el color de la plata vieja.

La inmensa sensación de irrealidad; la certeza de que estaba ante una visión del otro mundo.

Y luego las investigaciones en el lago, los comentarios en el colegio, hasta que le dijeron que era una visionaria.

Su fuga, porque no quería ir a ver a un psiquiatra que la trataría como a una loca.

Las palabras se amontonaban en los labios de Lidia; los recuerdos hacían pasar una especie de fiebre por sus ojos.

Durante unos segundos dejó de hablar, pero luego continuó con voz cargada de presagios:

—Entonces encontré a Mary, porque me había acordado de que sus padres cuidaban de la mansión de Blayfair, siempre tan vacía. Pensé que aquél era un sitio maravilloso para esconderme mientras pensaba lo que tenía que hacer.

Y siguió con el relato. Su extraña excursión al piso superior para buscar unos cigarrillos, las tinieblas. La sensación de que Mary había muerto, cosa que luego vería confirmada. Y la persecución, aquella extraña persecución de un hombre que tenía un solo ojo y del cual había podido librarse sólo por milagro.

—'Desde entonces no me he atrevido a hacerme visible en ninguna parte —terminó de contar Lidia—. He robado comida y ropa, me he lavado en los arroyos y me he escondido en los sitios más absurdos, porque tenía miedo no sólo de que me consideraran una loca, sino de que me acusaran de algún modo de la muerte de Mary. He leído los periódicos. Su cuerpo apareció poco después de escapar yo de allí...

Jess terminó el último sorbo de caté, que ya se le había quedado frío. Sus pensamientos eran una tortura, un torbellino. Otra vez la pesadilla estaba allí, tan negra y tan profunda como cuando vio cruzar por los aires el cuerpo de la escritora polaca.

Pero sólo había un modo de intentar disiparla, y por eso musitó:

—Celebro haberte encontrado, Lidia, ya que de lo contrario te hubiera estado buscando hasta el último rincón de Luisiana, Pero ahora que nuestros

caminos se han cruzado, vamos a actuar conjuntamente.

—¿Qué es lo que pretendes hacer?

Jess no contestó en el primer instante, como si tratara de reunir sus pensamientos. Pero luego dijo con un hilo de voz:

—Iremos a la mansión de los Blayfair...

CAPITULO XII

La casa estaba allí, solemne y oscura, como en los viejos tiempos en que fue construida, cuando en las ventanas sólo podía brillar la luz de los candiles. Asomada al lago, parecía una masa enorme, quieta; una especie de bestia al acecho. No se sabía por qué, pero al verla se tenía un escalofrío.

Jess musitó:

—Supongo que se podrá forzar alguna ventana...

—Sí. La mayoría son viejas.

—¿Y cómo es que no entran ladrones? ¿Hay cosas de valor en la casa?

—Si una ventana o una puerta se abren, funciona un timbre de alarma en casa de los padres de Mary.

—¿Un timbre de alarma? ¿Cómo sabes eso?

—Ella misma me lo había explicado. Cada vez que tenía que entrar, lo desconectaba.

—¿Tú sabrías hacerlo?

—Creo que sí. Hace bastantes años, ella me había enseñado el sitio por donde pasan los cables, y no creo que desde entonces hayan modificado el sistema.

Le precedió a lo largo de un seto en el que se amontonaban las sombras, y así llegaron ante los muros sombríos de la casa. Lidia palpó con los dedos por detrás de un adorno de piedra que recorría los bajos de aquella fachada, y encontró sin dificultad el cable. Jess lo pudo cortar en el punto en que éste se introducía en el edificio, cerca de la puerta.

A continuación, como no querían forzar la cerradura, buscaron una ventana que no ajustase bien. Después de bastantes tanteos, Jess pudo forzar una valiéndose de la palanqueta que estaba entre las herramientas para sacar los tapacubos del coche.

Penetraron en aquel mundo hostil, misterioso, al que Lidia había jurado no volver. Jess la sintió como una sombra caliente mientras la muchacha temblaba junto a su cuerpo.

—No sé cómo me he atrevido a venir aquí —balbució—. No lo sé...

—Has vuelto por una sola razón: porque no había otro remedio.

—¿Qué esperas encontrar aquí?

—No lo sé, pero la explicación no puede estar en otro sitio, si es que esa explicación existe. Demasiadas manos de personas vivas y muertas están apuntando a esta casa.

Ella volvió a estremecerse.

—Recuerdo algo que Mary me había dicho —musitó.

—¿Qué era?

—Seguro que alguien vivía en esta casa, o al menos pasaba temporadas oculto en ella. Me habló de que el contador que está en casa de sus padres marcaba un consumo de luz, lo cual era inexplicable. Yo también me acuerdo

ahora de un detalle, y es que encontré los cigarrillos fuera del sitio donde ella me había indicado.

—¿Quién es el dueño actual de esta casa?

—John Blayfair.

—¿Viene por aquí?

—No, nunca. Quiero decir que no viene con demasiada frecuencia... A veces aparece unos días al año, comprueba cómo está todo y se marcha.

—¿A qué se dedica?

—Supongo que vive del dinero que le dejaron sus padres, pero algún día se le terminará. Los dólares no crían.

—¿Tu le conoces?

—Sí, claro. Pero la que le conocía realmente bien era Mary.

Seguían avanzando entre las tinieblas, sin atreverse a encender ninguna luz. En el suelo, al resplandor de la luna que entraba por las ventanas, distinguieron entonces una cosa patética y que nadie se había atrevido a borrar aún: era el dibujo en tiza de la silueta de Mary, tal como había quedado cuando su cadáver apareció.

Lidia tuvo un estertor. Jess le tapó maquinalmente la boca.

Fue aquél el momento en que sus cuerpos estuvieron más juntos, en que casi se confundieron en el misterio de la casa.

Y entonces vieron algo más.

Aquella cosa que no tenía sentido.

Aquella marca de una mano, seguramente sucia de carbón o de grasa, que estaba impresa en una de las paredes de la casa.

* * *

Los dos ignoraban que Mary, cuando vivía, también se había estremecido al ver aquello. Pero, aun sin saberlo, tuvieron instintivamente la sensación del misterio y del horror.

La luz de la luna, al entrar por la ventana, se proyectaba directamente sobre aquella mancha. Lidia susurró:

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa? ¿Habías visto esto?

—Sí, pero hace muchos años.

—Pues es relativamente reciente... Yo diría que esta mancha no tiene más allá de seis meses,

—Cuando... cuando éramos pequeñas, la vimos.

—¿Mary y tú?

—Sí. Yo venía muchas veces a esta casa.

—¿Y luego, qué sucedió?

—Nos daba miedo... Era como la mano de un fantasma, como la mano de un monstruo que nos hubiera estado acechando. Mary y yo nos estremecíamos al ver- la... Recuerdo que el padre de Mary pintó entonces la

pared y la hizo desaparecer. Dijo que algún operario de los que arreglaban la calefacción la habría dejado allí, al apoyarse en la pared con las manos sucias.

La muchacha cerró en seguida los ojos y añadió:

—Pero es la misma marca de entonces. Y ahora está de nuevo aquí...

—¿Eso significa que aquel hombre ha vuelto al cabo de tantos años?

—Aquel hombre o aquel fantasma...

Lidia, a pesar de su ánimo, a pesar de ser una chica audaz, estaba dominada por el miedo.

—Todo esto debe tener algún significado —dijo Jess en voz baja—, aunque no acierto a ver cuál. Está bien, sisamos.

Y avanzaron de nuevo.

Abrieron la puerta de una de las salas.

Y de repente, Lidia ya no pudo evitarlo. Lanzó un grito de miedo.

Porque él estaba allí.

Rígido.

Quieto.

Con sus cabellos negros. Con su cara bonita y joven de gigoló italiano, con sus suaves ojos a lo Alain Delon, con su media sonrisa, con sus manos tendidas hacia la nada.

Allí estaba como una amenaza.

O como la propia muerte que de repente se había vuelto una muerte dulce.

CAPITULO XIII

El hombre estaba quieto en el centro de la biblioteca, tenía una sonrisa suave e iba vestido con perfecta corrección. Lidia se lo había encontrado tan de repente al abrir, que por un momento temió que fuese a saltar sobre ella.

Pero su inmovilidad absoluta le sorprendió. La rigidez de sus facciones le hizo parpadear. De pronto se dio cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo; de que allí había algo que no era lógico.

Y entonces lo comprendió: se trataba de una figura de cera.

¡Pero qué perfecta figura! ¡Qué sensación de realidad! ¡Qué maravilloso trabajo...!

Lidia balbució:

—Por un momento creí que había vuelto John... No sabía que le hubieran hecho una figura de cera.

Y se volvió hacia Jess.

Pero entonces su asombro y su miedo casi aumentaron. Porque se dio cuenta de que había algo extraño en la cara del joven. Sus ojos se habían dilatado, su boca se abría a causa de la sorpresa.

—Pe... ¿pero qué te pasa, Jess? —musitó.

Jess dijo con un hilo de voz:

—Es él...

—¿El? ¿Quién?

Jess había cerrado un momento los ojos, como si intentara concentrar sus pensamientos. Luego musitó:

—En Washington conocí a una mujer llamada Marlen. Su marido había sido un héroe durante la Segunda Guerra Mundial. Era el hombre que se hacía retratar sólo media cara, enseñando nada más que un ojo.

—¡Dios santo...!

—Fue allí donde se mató la escritora polaca; fue allí donde murió un ex nazi llamado Goran... Y fue allí donde vi a este hombre. Sí, estoy seguro de que era él. Hice algo que no debía hacer, pues jamás había espiado una alcoba, pero ahora me doy cuenta de que eso me sirvió de mucho. La viuda Greschen y ese tipo estaban haciendo el amor allí. Por lo visto se conocían desde mucho tiempo antes.

Lidia musitó:

—Oye..., ¿te das cuenta? John es el dueño de esta casa; es el último de los Blayfair.

—Eso significa que todo liga. Todos los detalles conducen hasta aquí, aunque una vez aquí ya no sé qué es lo que debemos hacer. Pero una cosa es segura, y es que nuestros pies están dentro de nuestros zapatos y nuestros zapatos están clavados en un buen sitio.

—Quizá dentro de nuestros zapatos no quisiera estar nadie —silabeó la muchacha—. ¿Cómo crees que debemos actuar ahora? ¿Qué piensas?

—No lo sé exactamente, pero cada vez me convenzo más de una cosa, Lidia.

—¿De qué?

—Tú nunca has sido una visionaria. Lo que viste existía, y además tiene una gran importancia.

—Te agradezco que al menos confíes en mí, Jess. La propia Mary pensó que yo era una especie de loca.

—Te diré lo que vamos a hacer; iremos al lago donde viste aquella aparición.

—¿Ir allí? Está cerca del colegio, y si me ven...

—Yo había entendido que el lago estaba en una zona más bien oculta.

—Efectivamente, y además no suele ir nadie por aquel lugar. Tiene fama de sitio maldito.

—¿Por qué?

—Es un lago donde desaparecen los bañistas. Sobre todo los que hacen inmersión submarina, no vuelven a aparecer jamás. Se supone que el fondo es pantanoso y retiene los cadáveres, pero el caso es que nadie se atreve ya a bañarse allí desde hace muchos años. La gente se aleja del lago con una especie de superstición.

—Pues nosotros nos acercaremos —musitó Jess—, y además hemos de hacerlo esta noche. Tenso la sensación de que alguien sabe que estamos aquí y los acontecimientos se van a precipitar. Sígueme.

Dejaron la ventana ajustada para poder entrar luego si hacía falta y subieron al coche alquilado de Jess. Mientras rodaban por las carreteras solitarias, ella siguió enhebrando sus recuerdos.

—También el lugar tenía mala fama por otras cosas —dijo—. Recuerdo que mis padres ya lo consideraban una especie de lago maldito.

-—¿Qué causas eran ésas, Lidia?

—La gente hablaba de que cierta noche hubo extrañas oleadas en el lago. Que aparecieron muchos peces muertos... Era una noche ya al final de la guerra mundial, cuando Alemania se hundía. Todos los vecinos de la localidad oyeron de pronto el ruido de unos aviones que parecían tocar los tejados de las casas, pero nadie los vio porque había niebla baja. Daba la sensación de que volaban a menos de cien metros de altura.

—Quizá para esquivar el radar... —dijo pensativamente el joven—, A esa poca altitud, el radar falla.

—Lo cierto fue que, por unos momentos, los vecinos pensaron que los alemanes o los japoneses iban a bombardearles —dijo Lidia—. Estaban tan poco acostumbrados a la guerra, que aquello les pareció un acontecimiento peligroso. Pero era absurdo, porque ni los aviones alemanes ni los japoneses tenían autonomía para llegar hasta aquí. Luego, todo se olvidó, pero recuerdo que mis padres me habían hablado de eso.

Jess, que la escuchaba atentamente, condujo unos minutos más en silencio, mientras ordenaba sus pensamientos. Su cerebro, ágil y acostumbrado a

resolver las cosas velozmente, no encontraba sin embargo un asidero lógico esta vez para seguir pensando. Todo eran circunstancias sueltas, casualidades que se perdían en la bruma.

Y, sin embargo, había un cierto hilo que encauzaba las cosas. Y ese hilo podía seguirse desde el principio. Jess trató de no perderlo.

Había una cosa indudable, y era que la situación se iniciaba de una forma u otra en los últimos tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

También empezaba de una forma u otra con las SS, con los hombres de confianza de los nazis. Y, por lo que había oído Jess, se trataba de algo tan importante que las personas normales, los ciudadanos despreocupados, no podían imaginarlo. Algo que había estado en el olvido durante años, pero que unos pocos iniciados conocieron siempre.

¿Qué?

Eso no lo sabía Jess.

Pero luego llegaban los otros detalles sueltos. Unos aviones en los últimos días de la guerra. Un lago en el que ocurren cosas incomprensibles. Un ser de otro planeta que los propios ojos de Lidia habían visto...

Jess ya no pudo seguir pensando. Le dolía la nuca.

De pronto, la muchacha le dijo:

—Toma ese camino de tierra a la derecha. Lleva directamente al lago.

—Está lleno de hojas secas. Parece que nadie pasa por aquí...

—Nadie. Ya te he dicho que éste es un sitio de mala fama.

El giró en la dirección indicada, pero además, apagó los faros. No quería que nadie se diese cuenta de que llegaban.

Y, de pronto, sus ojos abarcaron el gran lago. Una lámina de agua plateada, silenciosa, fúnebre, rodeada de árboles misteriosos que vibraban con el viento. Si todos los lagos de Luisiana tienen algo de terrorífico, que llega al fondo de los nervios sin que se sepa por qué, éste producía sólo al verlo el paroxismo que producen las películas de horror.

Jess musitó:

—De modo que es esto...

—Sí, ya lo ves. Todo tan tranquilo, tan quieto, tan...

Y, de pronto, los ojos de la muchacha, se desencajaron.

De pronto sus dedos se asieron al tablier con un gesto espasmódico.

Y sus labios musitaron con algo que no era ni siquiera una voz humana:

—Dios mío...

CAPITULO XIV

Jess no había despegado los labios, pero la verdad era que él también hubiese tenido motivos para decir lo mismo. Porque lo que estaban viendo sus ojos era aquel extraño resplandor que venía del cielo, que se estaba posando en las aguas del lago..., ¡una luz sobre-natural que era absorbida por las aguas, por el fondo del abismo!

Los ojos de Jess se habían desencajado.

Sus manos se crispaban en el volante.

No entendía nada, pero lo cierto era que estaba viendo lo mismo que debió ver Lidia cuando la llamaron loca. Aquella especie de platillo volante que se posaba en la profundidad, llegando del límite de los cielos.

Pero Jess no se consideraba un loco, y sin embargo, lo estaba viendo. El resplandor desapareció en un instante, y entonces volvió a hacerse aquella calma augusta en torno al lago. Parecía de pronto como si aquél fuese el último lugar de la creación, un mundo jamás hollado por el pie del hombre.

La muchacha susurró:

—Fue lo mismo que vi entonces...

Jess seguía con las manos pegadas al volante, sin saber qué hacer. No se daba cuenta de que tenía el motor en marcha, pues éste producía apenas un runruneo. Con ojos desorbitados, LO VIO.

Un hombre avanzaba en pie sobre las aguas del lago.

Parecía patinar sobre ellas.

Pero, sin embargo, nada le propulsaba. Era la cosa más extraña que Jess había visto jamás. Era un ser de otro mundo que repentinamente había llegado a la Tierra. Lo más increíble que Jess hubiera podido imaginar estaba allí, ante sus propios ojos.

El hombre llevaba un extraño traje color plata vieja y que recordaba un equipo de inmersión algo anticuado. En muchos aspectos —prácticamente en todos— parecía un ser llegado de otro planeta, pero sin embargo, había algo que lo ligaba a este mundo. Fue un detalle en el que Lidia no se había fijado, pero en el que Jess reparó: llevaba bajo el brazo una metralleta desmontable, y las metralletas no son precisamente un arma del planeta Marte.

Se acercaba a la orilla, donde estaban ellos con los faros apagados.

Avanzaba en un tiempo récord, con una velocidad increíble y que ningún ser humano hubiera podido alcanzar.

Y entonces fue cuando la muchacha hizo aquello que no hubiese debido hacer, entonces cometió aquel error que, sin embargo, muchas personas hubieran cometido. Adelantó la mano para buscar protección en Jess y entonces, sus dedos oprimieron sin querer el claxon.

Brotó de la oscuridad un sonido ronco.

En el silencio del lago, produjo la sensación de un trueno.

Y entonces el hombre que avanzaba sobre las aguas, y que acababa de

saltar a la orilla, se giró de repente. Sus ojos alucinados se clavaron en aquel automóvil de faros apagados que hasta entonces no había visto. Lanzó una ronca maldición.

Jess gritó:

—¡Agáchate! ¡Agáchate, maldita...!

Dio un empujón a la chica y eso le salvó la vida. La ráfaga hizo astillas el parabrisas y se cargó un lado del volante. Las balas, de gran potencia, salieron por el tablier. Sólo el hecho de estar los dos materialmente pegados a los asientos les impidió morir en el primer segundo. Pero Jess se dio cuenta de lo que iba a ocurrir en el segundo siguiente:

RA TA TA TAT...

Ahora, la ráfaga alucinante de la metralleta se cargó el parachoques y parte del radiador del coche. Jess hizo entonces lo único que podía hacer: dar las luces largas, tratando de deslumbrar al tirador, que estaba apenas a veinte pasos, meter la primera y soltar el embrague sin levantar la cabeza. El potente coche avanzó con un rugido hacia el hombre de la metralleta.

RA TA TA TAT...

Otra ráfaga acabó de destrozar el parabrisas y el borde superior del techo, pero el tirador no se apartó a tiempo. Cuando intentaba saltar, fue cazado de lleno por el «Hillman» y proyectado hacia el frente con un salvaje impacto. Su cabeza destrozada, casi entró por el parabrisas roto, estando a punto de chocar con la cara de Jess.

Lidia se había llevado las manos a la boca.

Lo miraba todo con expresión aterrada.

No podía creerlo.

Pero Jess, en cambio, sí que creía lo que veían sus ojos, y lo que veían sus ojos estaba claro. No sólo acababa de matar a un hombre que nada tenía de extra- terrestre, sino que el coche no se hundía del todo, pese a haber ido a toda velocidad hacia las aguas del lago. ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo allí? En nombre de todos los infiernos, ¿qué era lo que les sostenía?

Al salir del vehículo lo comprobó.

Y entonces sí que sus ojos se negaron a creer; entonces sí que lanzó un grito de asombro.

Porque las ruedas, al entrar en el agua, se habían apoyado... ¡en la punta de una superficie de acero. ¡En la cabeza de un submarino!

Jess sintió una crispación en la garganta.

¿Un submarino en un lago?

¿Estaba borracho, o qué?

¿Se habría vuelto loco de verdad?

Pero entonces oyó la voz agitada de Lidia. Ella gemía:

—¡Vámonos de aquí! ¡No puedo más! ¡Por Dios, vámonos de aquíííí...!

Parecía al borde del ataque de histeria. Jess se dio cuenta de que no podría dominarla y de que era verdad que les convenía darse el piro cuanto antes, porque los disparos podían haber sido oídos. ¿Pero cómo darse el piro, si el

coche ya no podía recorrer cíen metros?

Ella pareció entenderlo, puesto que no había perdido la inteligencia ni mucho menos. Rápidamente, dijo:

—Muchos profesores del colegio dejan sus coches en un parking que está apenas a media milla. Las llaves están puestas, poique hay un vigilante, pero me juego cualquier cosa a que ese vigilante viene hacia aquí, después de oír los disparos. Si nos cruzamos con él sin vernos, lo tenemos todo hecho.

—¿Conoces algún sendero?

—¡Pues claro que sí!

—Entonces, vamos.

Los dos corrieron agitadamente, por un estrecho pasadizo entre la maleza, que Lidia supo encontrar. La inedia milla la recorrieron a tal velocidad que hubieran podido participar en los juegos olímpicos. De pronto, apareció ante sus ojos una mole negra y lejana, que era el colegio, pero mucho más cerca se encontraba una explanada con dos docenas de coches y nadie que los guardase. Jess eligió el que tenía casi al lado, un magnífico «Cougar».

La llave estaba en el contacto, como había dicho Lidia. Salieron a gran velocidad del aparcamiento, mientras la muchacha decía:

—¿Adónde vamos ahora?

—A Blayfair.

—Será peligroso...

—Todo es peligroso, de modo que poco importa ya una cosa u otra. Cuando la policía encuentre el coche, verá en seguida que es alquilado y hará algunas rápidas averiguaciones. Entonces se dará cuenta de que el tipo que lo ha alquilado soy yo.

—Por lo tanto estás perdido...

—Estoy perdido, a menos que pueda dar una satisfactoria explicación de todo esto —dijo con firmeza Jess, encajando las mandíbulas—. Es decir, no me queda más remedio que aclararlo o ir a la cárcel.

Habían tomado a gran velocidad la carretera principal. Ella musitó:

—¿Aclarado? ¿Cómo? ¡Pero si no hay nada que tenga sentido! ¡Nada!

—Alguna cosa, tal vez sí —murmuró él, sin perder de vista la carretera.

—¿Por ejemplo...? ¿Por ejemplo un submarino en un lago? ¡Vamos, eso es imposible...!

—Se trata de un submarino de bolsillo —murmuró Jess—. La mínima expresión de un sumergible. Los alemanes los fabricaron a título experimental durante la guerra.

—Pero ¿cómo ha llegado ahí? ¿Por tierra?

—Por aire —dijo Jess, apretando los puños.

Ella le miró con asombro.

—Jess, tú no sabes lo que dices... —farfulló—. No has bebido una gota y sin embargo, estás... estás...

—¿Borracho? No, Lidia, no... Simplemente recuerdo los datos que me has dado tú misma. ¿Recuerdas la noche de los aviones de que te habían hablado

tus padres? ¿Recuerdas las extrañas olas en el lago y los peces muertos, sin duda a causa de alguna mancha de aceite que se fue disolviendo? ¿Lo recuerdas? ¡Di!

—Pues..., pues claro...

—Entonces, deja trabajar tu imaginación. Piensa en un buque que hubiese navegado con bandera neutral, pero que estuviera a sueldo de los alemanes. Ese buque mercan le podía perfectamente llevar un submarino de bolsillo debajo de la quilla.

La muchacha tragó saliva. No sabía qué contestar.

Jess continuó:

—Imagina que llegan, amparados en el pabellón neutral, al golfo de México, Piensa que la vigilancia de los aliados también se debía haber relajado mucho al estar la guerra decidida. Sitúa al submarino ya en la superficie y al lado del mercante, una noche de niebla espesa. Entonces aparecen dos hidroaviones pilotados por simpatizantes nazis de este país. No era tan difícil encontrarlos.

—Bien. Sigue...

—Amerizan junto al buque, sujetan el submarino por medio de potentes garfios y emprenden el vuelo. Sus motores trabajan brutalmente y no podrán resistir mucho, pero ¿qué distancia hay entre la costa y ese lago? ¿Cuántos minutos de vuelo?

—Unos..., unos veinte, a poca velocidad.

—Vuelan a una altura de cien metros, hasta llegar a situarse sobre el lago, descienden a la altura deseada, van soltando cable y depositan el submarino en el lago. Aun así se forman olas que duran hasta el día siguiente y se desprende aceite, pero el caso es que el submarino está en el lugar más insospechado del mundo. Nunca lo encontrarán ahí... Nadie lo buscará. Nadie lo imaginará siquiera. Los dos hidroaviones se largan entonces, porque sus pilotos ya han cumplido la misión encomendada. Son ellos los que conocen el secreto. Los del buque no, porque ignoran la dirección tomada por los hidras. La tripulación ni siquiera sospecha que el submarino sea alemán.

Mientras conducía, Jess había ido hablando velozmente. Sus ideas fluían ahora como una catarata. Por primera vez, empezaba a ver algo claro en aquella pesadilla increíble.

—Pasan los años —siguió diciendo—, y la existencia del submarino se mantiene en un fantástico secreto. Es algo sólo para iniciados, para gente de gran altura. Probablemente muchos de los que estaban en la cancillería de Berlín, junto a Hitler, lo sabían, pero todos ellos murieron. Sólo algunos viejos de las SS conocían lo que había ahí.

—¿Y..., y qué había?

—Dinero —musitó él—. Oro, joyas, billetes de los países aliados, pinturas de gran valor incluso... Lo suficiente para empezar no una guerra, pero sí una acción política de gran envergadura en cualquier país. Dios sabe la de cosas que se habrán financiado ya con ese dinero a lo largo de los años. Pero aún

debe quedar mucho, como lo prueba las ambiciones que ese submarino está moviendo.

—Pero hay cosas que no se entienden, Jess. ¿Quién lo cuida?

—Basta con dos hombres, una vez sumergido.

—Pero no han podido estar treinta años ahí... ¡Habrían reventado!

—Han vivido con pasaportes falsos en las cercanías. Claro que no han estado en el submarino todo ese tiempo; sería imposible. Y además, han tenido una base segura, que es la mansión de los Blayfair. La han utilizado en caso de emergencia.

La muchacha movió la cabeza, con aire dubitativo.

—Bien —dijo—, reconozco que eso concuerda, pero, ¿cómo cargaban las baterías? ¿Y cómo movían el submarino para que las algas no lo clavasen, en el fondo?

—Sacándolo en las noches de niebla, el submarino podía recargar sus baterías En cuanto al fuel, ha tenido bastante para las veinte o treinta millas, que, como máximo, ha recorrido en el lago durante todo este tiempo. Siempre debía quedar un hombre dentro, mientras el otro descansaba fuera, a fin de no perder el control nunca. Cada vez que uno deseaba salir, el submarino se acercaba hasta la orilla sin flotar fuera de la superficie. El hombre podía ir sobre su caparazón, que estaba al borde del agua, y daba la sensación de patinar sobre ella. Así podía vigilar si existían peligros inesperados. Enterraba las prendas de inmersión, quedaba en ropa de calle y podía moverse con libertad unos días. Teniendo dinero para gastar, la vida no ha debido ser tan difícil.

—Pero... ¡pero aquella luz en el cielo...!

—No me parece ilógica de ningún modo —susurró—. Se trata de un efecto visual. Cuando muy de tarde en tarde el submarino probaba sus baterías y sus luces, se producía un reflejo en el agua que rebrillaba en el cielo, si había nubes bajas. ¡Cualquiera podía pensar que un disco luminoso iba de esas nubes al fondo del lago!

—Sin embargo..., ¡esos hombres se habrían vuelto viejos! ¡Son demasiados años de estar ahí!

—¿Viejos? —Musitó Jess—. No estoy tan seguro. Imagina unos fanáticos nazis de todo fiar, unos marinos que tuvieran veintidós años en mil novecientos cuarenta y cinco. En mil novecientos setenta y siete tendrían cincuenta y cuatro años, la cual no es una edad para jubilarse ni mucho menos. Han rendido a su partido el último servicio, y de paso tampoco han vivido tan mal. Treinta y pico de sus años gastando y sin dar golpe...

—Pero ahora.., —bisbiseó la muchacha—. Esos crímenes..., lo de Blayfair...

—Alguien se enteró de la existencia de ese submarino y la fortuna que representaba —dijo Jess—. ¿Quién pudo ser...? Pienso en Greschen, que durante años y años, después de la guerra, había investigado las actividades nazis y sus fuentes de financiación. ¿Quién sabe si un viejo hitleriano como

Goran lo silenció para que no llegase a hablar? Ahora que recuerdo, hay cosas en la muerte de Goran que no están claras. Por otra parte, aquella escritora polaca que estaba en la casa de Marlen se halló de repente con Goran y no pudo resistir el horror de los viejos años... Supongo que su mente, trastornada desde entonces, no pudo resistir la idea de que quizá caería en sus zarpas otra vez. El caso fue que tuvo un momento de horror y se lanzó por aquella ventana... Pero, fuera de eso, las cosas quedan oscuras. Quizá las aclaremos en... Por cierto, ya estamos llegando a Blayfair.

Apagó los faros antes de alcanzar la casa y se introdujeron ambos por la ventana. En el silencio de la casa, distinguieron la huella de la mano alumbrada por la luz de la luna.

—Esa es otra prueba —susurró Jess—. Cuando los dos hombres vivían por turno aquí, es decir, cuando se refugiaban en Blayfair en caso de peligro, debían traerse pequeñas piezas de precisión del submarino para repasar y engrasar. Dos veces a lo largo de los años, uno de ellos dejó en esa pared la marca de sus dedos sucios...

Y avanzaron a lo largo del sombrío pasillo. La muchacha musitó:

—Pero ¿por qué mataron a Mary? ¿Por qué...?

—Debieron darse cuenta de que ella acabaría descubriendo que esto servía como refugio secreto. Y, si no te mataron a ti también, fue por milagro.

—¿Pero lo hicieron los del submarino?

—De eso no estoy tan seguro —murmuró él—. En todo caso, el que ahora debe estar dentro del sumergible tendrá que hablar. Ya debe haber llegado la policía y descubrirá sin duda el casco medio empotrado en el coche, de modo que no habrá podido escabullirse hacia el fondo. Todo el dinero aparecerá; pero eso a mí no me importa. Lo único que quiero es aclarar este enigma, resolver mi situación personal, disipar la pesadilla...

Y abrió la puerta.

Estaba allí.

Como antes.

Estaba allí...

CAPITULO XV

La figura de cera cortaba la luz con su presencia, con su simetría, formando una mancha negra. Como ya la había visto antes, la muchacha no se inquietó. Mientras Jess iba al otro lado de la pieza para revisar los libros, ella dijo:

—Deberíamos llamar a la policía...

—No, no lo hagas aún. Espera...

La muchacha quedó inmóvil, junto a la puerta.

De espaldas a la figura de cera.

La figura de cera...

¡LA FIGURA DE CERA!

No se dio cuenta de que ésta se movía.

De que un ojo brillaba en aquella penumbra fétida.

Luego, los dos.

De que una mano se movía.

De que un estilete brillaba en ella...

De que a su espalda... ¡ESTABA LA MUERTE!

El grito le hizo volverse, de pronto, con los ojos desencajados, mientras oía un choque a menos de medio paso. Y entonces, Lidia lanzó un grito lacerante, angustioso, desgarrador, mientras veía la sangre correr por el pecho de la falsa figura de cera. Mientras veía las manos crispadas. El mango del sable estilo Imperio clavado hasta casi la empuñadura...

El estilete resbaló de entre los dedos de John.

Sus ojos se cerraron.

Jess, que acababa de tomar aquel sable de una panoplia, lanzándolo con la maestría de un comando, susurró:

—Me habían enseñado muy bien este golpe, pero nunca creí que tuviera que usarlo así. Menos mal que he oído el roce de sus zapatos, al deslizarse un poco.

—Pero... ¡pero no es posible! ¡Antes era una figura de cera!

—La figura de cera existe —susurró él—, pero John ocupó luego su puesto, ocultándola en otro lugar. Sabía que así iba a poder atacarnos con las máximas probabilidades de éxito. Y ahora regístrale los bolsillos, si quieres. Seguro que encuentras una capucha negra en la que hay dibujado un solo ojo... La idea la debió sacar de la original exposición fotográfica de Greschen. En la oscuridad, eso no sólo infundía un especial pavor, sino que lo desfiguraba todo por completo. Fue él quien mató a Mary y estuvo a punto de matarte a ti.

La muchacha sentía que se ahogaba. El sudor resbalaba por sus mejillas. Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Entonces, Marlen estaba de acuerdo con él?

—No lo creo. Más bien pienso que Marlen, enamorada de él como una

colegiala, le llegó a contar lo que su marido había descubierto antes de morir, pensando que John no sólo no la engañaría, sino que la ayudaría en sus investigaciones. Pero John vio mucho dinero a ganar, se dio cuenta de que dentro de unos años aquella viuda ya no valdría gran cosa y decidió obrar por su cuenta. Debía tenerlo todo preparado para liquidar a los del submarino y hacerse con el botín, pero vosotras fuisteis un estorbo. También fue un estorbo Goran, que había venido desde Alemania para comprobar si la viuda Greschen sabía alguna cosa, en cuyo caso, John lo mató antes a él. Goran era quizá el último ser vivo que sabía lo del submarino, aparte sus tripulantes. Con él se rompía la cadena y entonces John podía actuar... actuar... ¡actuar!...

Jess sentía que su garganta se crispaba. Sin darse cuenta, se había excitado. De pronto, notó que la muchacha caía sin tuerzas en sus brazos.

—Jess... —musitó—, ¿de modo que esa viuda es inocente?

—Yo creo que sí.

—Pues, entonces, júrame una cosa. Júrame que no acudirás a consolarla.

Y se apretó más contra él.

Tenía la carne joven y prieta.

Los muslos tensos.

Los labios golosos.

«¿Y para qué me va a hacer falta una viuda? —pensó él entonces— ¿Para qué diablos...?»

FIN